1
233435

LA NOVELA



El Paraíso

por

J. Belon.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

1
233435

47/ 689213

LA NOVELA DE NOCHE
PUBLICACIÓN QUINCENAL
APARTADO 873

Año I. Madrid, 31 de mayo de 1924 Núm. 5.



El Palomar

por

JOAQUÍN BELDA

Ilustraciones de

:: DEMETRIO ::

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

ucesores de Rivad neyra (S A.).—Paseo de San Vicente 20.—MADRID

R. 3221826

A MANERA DE PROLOGO

He sido yo, Demetrio López Vargas, natural de Lorca, provincia de Murcia, de una no mal vista cantidad de años de edad, de profesión hombre, de oficio dibujante y admirador hasta la hora tenebrosa en que no pida carta con un siete y la muerte se tire un nueve, de esa adorable mitad que los sabios y algún amigo mío llaman mujer y yo llamo chata.

Yo he sido el autor de los dibujos que desilustran *esta novela de Belda que tienes en tus manos, lector amable.*

La suerte ha ordenado que yo sea el segundo en la lectura de esta graciosa producción de Joaquín Belda, que la virginidad del manuscrito se la deparó a Artemio Precioso.

Yo creo que los dos nos hemos hecho el mismo daño en la vista que acaba de fatigarse con esta enrevesada letra del autor de

El Palomar. *Creo también que para gozar plenamente de las bellezas de una novela, hay que leerla impresa ya, en letras de molde; cuando ya ha pasado por muchas manos...*

Las manifestaciones que anteceden no son hijas de mi vanidad ni hermanas de la petulancia que por clasificación me hayan correspondido, no; yo te contaré, simpático lector. Y mientras, haciendo el máximo gesto de humildad, aquí me tienes ante ti, remangada hasta por bajo de la barbilla la rasurel, *descubierta la carne de mi costado, esperando con resignación la lanzada de tu comentario despectivo por haber osado escribir estas líneas, saliéndome del cauce natural de mi oficio de dibujante para invadir el florido vergel de la literatura, patrimonio de los elegidos.*

¿Prefieres que te cuente antes de herir? Eso es lo justo.

—Don Demetrio — me ha dicho el ordenanza—, dice don Artemio que haga usted el favor de ir.

Desde la redacción de Muchas Gracias *paso al despacho de mi director.*

—¿Me llamaba usted?

—Sí; quiero que escriba usted unas cuartillas diciéndole al público que ha sido usted el ilustrador de la novela de Joaquín.

Un sudor muy a propósito para el verano rezumó todo mi cuerpo; un sudor frío; un sudor de muerte; un sudario, *en fin.*

—¿Yo? ¿Que escriba yo cuatro cuar...?

—Que tienen que estar para mañana—me interrumpió imperturbable.

—¿Pero sabrá la gente que las he escrito yo?—le pregunté angustiado.

—Tienen que ir firmadas—contestó.

Todavía me aventuré con un "Usted se equivoca; yo..."

—¡Yo no me equivoco cuando medito una cosa, regoyo! Donde dice regoyo *lean ustedes otra cosa, por la que andamos de cabeza todos los hombres de buena voluntad.*

Haciendo el último esfuerzo me atreví a objetar con desmayada voz mi insuficiencia para escribir, y aquí fué el Marne. Entonces fulminó un... ¡bueno! La acreditada producción de Las Navas del Marqués estuvo tan cerca de mí, que de haber sido poseedor de un bollo suizo lo hubiera podido

mojar en el ambiente, que el despacho todo, quedó inundado por la frase.

Constreñido por tan amables razones, puse mano en la para mí cabalística tarea de urdir estas líneas.

Querido lector: si no has escrito desde tu advenimiento al planeta, no lo intentes. De mí sé decirte que ante las cuartillas del color de la frase de mi director, las letras parecían burlarse con un baile desenfrenado. Las jotas eran las que más me fatigaban, y las haches parecían decirme con sus muecas moncayescas: *¡Te vas a ver negro para colocarnos en el lugar que nos corresponda!*

Remanga nuevamente su rasurel *y espera resignado vuestro fallo*

DEMETRIO.

En Madrid, a 25 de mayo y a punto de caer privado.

EL PALOMAR

—¿Y está usted seguro de que esto quedará libre pasado mañana?

—¡Oh, señor! Se lo juro por la memoria de mis abuelos paternos.

—Es que, de lo contrario, me pone usted en un compromiso.

—Puede ir tranquilo el señor.

—¿Que puedo ir...? Sí, pero ¿dónde?

—¿Cómo?

—¿Dónde voy a pasar estos dos días, o, mejor dicho, estas dos noches? No hay en todo Biarritz una guardilla desocupada.

—¡Bah! Un hombre joven como usted, dos noches las pasa bien en cualquier parte.

—Ya, ya...

—Vamos ahora por aquí; quiero que vea usted la alcoba; le gustará; es lo mejor del cuarto.

—Así debe ser.

—Pues así es.

El dueño del piso—dueño provisional, pues él, a su vez, lo tenía tomado en arrendamiento—avanzó por el diminuto pasillo y fué a dar unos golpes discretos en una puertecita pintada de blanco.

—¿Podemos pasar ya, madame?

Desde dentro contestó una voz, que a todas luces delataba que la persona que la emitía no tenía puesto sobre su cuerpo más que las medias.

—Ahora, ahora; no tengan tanta prisa. ¡Demonio!

—Le ruego que se apresure, madame; aquí hay un cliente que lleva media hora esperando para ver el cuarto y, naturalmente, quiere verlo completo.

—Lo siento mucho; que tome una silla y que se siente.

Aquella dama decía aquello por el gusto de hacer una frase; el nuevo cliente lanzó una mirada en torno, y en los dos metros en cuadro que tenía la habitación en que se hallaba, no vió ni un solo asiento.

—Madame—insistió el dueño—, me permito recordar a usted el artículo doce de

nuestro contrato, con arreglo al que viene usted obligada a permitir que yo enseñe el cuarto a quien me plazca.

—Pero no hay ningún artículo que me obligue a exhibirme desnuda delante del primero que llame a esa puerta.

Ahora se notaba en la voz que la persona en cuestión había comenzado ya a meterse la camisa.

—Es verdad—replicó el otro—. He olvidado consignar esa cláusula; no me volverá a ocurrir.

Transcurrió un rato de silencio. Al cabo de él la puertecita blanca se abrió nerviosamente—las puertas también tienen sus nervios—y la voz de antes—ahora en bata—dijo secamente:

—Ya puede ver el cuarto el que sea.

Pasó primero el dueño.

—Buenos días, señora.

El saludo cayó en el vacío.

Avanzó detrás el nuevo inquilino; un hombre joven, bien constituído, y que, además, había nacido en Méntrida. Iba con el morro saliente y la lengua casi fuera, actitud que adoptaba siempre que olfateaba la presencia de una mujer.

El metro y medio que tenía de largo el pasillo lo recorrió de un par de zancadas, y se encontró en la alcoba. Su desengaño fué grande; en la estancia no había nadie.

Y a pesar de los dos espejos, dos lunas llenas que se hacían *pendant,* prestándose a maravillosas combinaciones; a pesar del lecho, elevado sobre un estrado, pero aun así a la altura del vaso de noche; a pesar del tono salmón de las paredes, pintadas al temple—*faubourg* del—, y a pesar de un biombo de insinuaciones chinas que había en un diedro de la estancia, el nuevo inquilino sufrió un tremendo desengaño.

Porque en la estancia no había ninguna mujer.

***

—Fíjese en la alcoba. Es una monada, ¿no? Le advierto que no son mejores las del Palais.

Al futuro inquilino la alcoba le parecía una birria; sin oír las explicaciones del otro se fijaba en un arco ojival que había a un lado, cubierto por una cortina de amplias rayas amarillas y azules. Indudablemente,

por allí se había escapado la ocupante del cuarto; no tenía otra salida.

De seguir sus impulsos, Fabián—¿no te he dicho, lector, que el aspirante a inquilino se llamaba Fabián?—habría alzado aquella cortina y habría mirado. Aquel cuarto debía ser el más íntimo de aquel pisito todo intimidad; y Fabián, disimuladamente, aplicó el oído, por si percibía ruido de aguas corrientes.

Porque Fabián Becerril era un voluptuoso... Pero de esto se hablará más tarde.

—Aquí tiene la pera de la luz, por si quiere leer en la cama.

—Muy bien.

—Y aquí otra luz ante el espejo para vestirse, afeitarse, etc.

—Esa luz del espejo no funciona desde hace tres días. Si quiere afeitarse, tendrá que ir a la peluquería.

La que así había hablado era la dama, inquilina del cuarto; pero ¿desde dónde había hablado?

Porque Fabián juraría que aquella voz no había salido de detrás de la cortina de rayas.

—Señora, ha podido usted decírmelo, y se hubiera arreglado el desperfecto en seguida.

—Ya...

—Aquí tiene—continuó el dueño, dirigiéndose a Fabián—una combinación para abrir la puerta del piso desde la cama; es este timbre que hay aquí junto al botón de la luz.

—Perfectamente.

—Que está usted acostado, llaman a la puerta y no quiere molestarse en tirarse del lecho, pues oprime este botón y...

—No sirve para nada; antes de ayer lo hice yo y se cerró la puerta de golpe, cuando la persona que entraba estaba aún en el dintel; se quedó con medio cuerpo aquí y medio en la escalera.

—¡Porque apretaría usted demasiado, señora.

—Puede que fuera por eso.

Fabián estaba cada vez más intrigado. ¿Desde dónde hablaba aquella dama? ¿No estaría oculta en aquel ropero que se adivinaba detrás de uno de los espejos?... Pero era el caso que la voz salía más limpia, como si entre la boca que la emitía y el oído que la recogía no hubiese más obstáculo que el aire.

—Esta alfombra se puede recoger, si us-

ted quiere; el pavimento es de madera, y está recién encerado.

—Las tablas del piso están llenas de clavos puntiagudos; yo retiré la alfombra un rato la otra noche, y aun tengo los pinchazos en las rodillas y en las palmas de las manos.

—¡Porque andaría usted a gatas, señora! —replicó el dueño del cuarto, ya no pudiéndose contener.

Esta vez Fabián salió de dudas. Al volverse para el sitio donde a él le parecía que había surgido la voz, vió, por encima del límite del biombo, un brazo desnudo, que se agitaba en el aire, como si su dueña acabase de colarse por la cabeza un vestido.

Pero ¡qué brazo! Si la tal señora poseía dos como aquél, bien podía sonreírse de la Venus de Milo.

El dueño, desde aquel momento, tuvo prisa en dar por terminada la visita. Temía que la inquilina, con sus apostillas, le echase a perder el negocio.

—Eso de ahí es el cuarto de aseo. ¿Quiere usted verlo?

—Me lo figuro.

—Tiene aguas corrientes, y un vesubio,

por si se le ocurre encender la calefacción.

—Se me ocurrirá.

—Y ahora, si quiere usted, vámonos, y dejemos a esta señora en paz.

—Vámonos.

Antes de salir de la estancia, Fabián lanzó una mirada melancólica al biombo. ¿Por qué ciertos chismes no habían de ser transparentes en ocasiones?

La casualidad quiso que no fuera inútil su mirada; una de las hojas extremas del biombo se replegó un poco a impulsos de una manita delicada, y tras ella apareció la cabeza, nada más que la cabeza de una mujer.

Se cruzaron las miradas.

¡Era una mujer estupenda!

***

Al proponerse Fabián Becerril pasar aquel año una temporadita en Biarritz, hizo también el firme propósito de no vivir en hotel. Le tenía horror a los hoteles, desde que, en uno de ellos, en San Sebastián, tuvo que salir de noche y por un balcón, porque una mujer celosa, a quien se encontró en la es-



calera, quiso rociarle el rostro con vitriolo... Además, se había olvidado de pagar la cuenta aquella semana.

Fabián había oído decir que Biarritz era la playa del amor, y a Biarritz se iba, decidido a conjugar el verbo lo más ampliamente posible.

Y no lo hacía por pura exigencia de su medula encabritada, sino porque, derrotado en una lucha sentimental con una viuda muy rica, con la que había estado a punto de casarse, quería refugiar su melancolía en el amor carnal, al mismo tiempo que se procuraba una muerte por consunción, pues Fabián había pensado seriamente en el suicidio.

Ello quería decir que pensaba hincharse a... querer.

Para gozar de la mayor libertad, pensó alquilar un pisito modesto para él solo; algo situado en una calle céntrica, pero recogida, con entrada discreta y libre de vecinos molestos.

Pero cuando el joven Becerril llegó a Biarritz, se encontró con que en Biarritz este año se había vaciado todo el mundo, y no quedaba un solo sitio donde meterse.

Después de una peregrinación por agencias y de una serie incalculable de preguntas a cocheros y mozos de café, el viajero encontró uno de estos últimos, que le dió una tarjeta para un señor que vivía allá, al final de la avenida de Verdún.

No a aquella avenida, al mismo Verdún hubiera ido Fabián en busca de albergue donde cobijarse. El individuo para quien era la tarjeta resultó un sujeto del cual hubiera sido muy difícil discernir la nacionalidad, pues lo mismo podía ser francés, que español, que italiano, ya que hablaba un idioma compuesto de los tres y con algunas intromisiones del camelo.

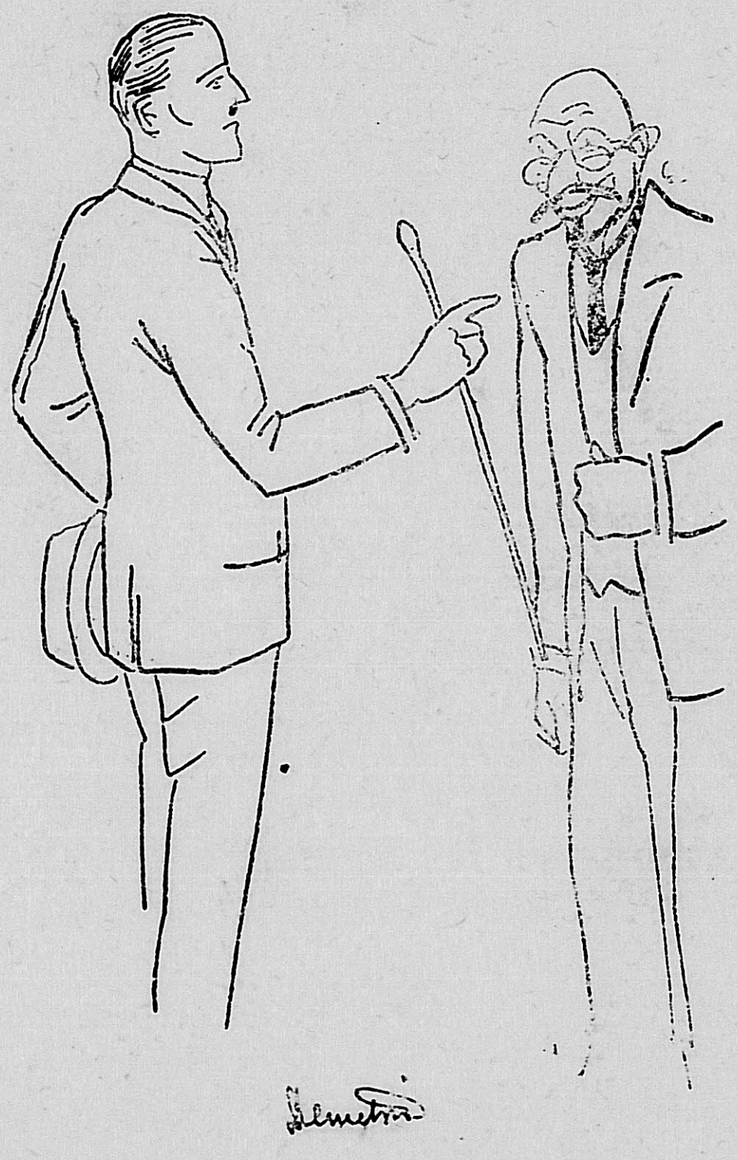
En el vestíbulo mismo de la casa, y después de la corta visita que ha presenciado el lector, quedó cerrado el trato entre el hombre trilingüe y Fabián.

—Muy bien, señor; usted se queda con el cuarto desde pasado mañana, y me da cincuenta francos diarios.

—Treinta y cinco.

—Cincuenta.

—Treinta y cinco—insistió Becerril, que, aunque estaba melancólico, no lo estaba tan-



to como para desperdiciar quince francos al día.

—Pero en esa cantidad pierdo dinero, porque a mí el piso me cuesta más.

Esto último lo decía bajando la voz, pues, sin duda, temía que le oyese la inquilina, la cual debía estar enterada—las mujeres se enteran de todo—de que el cuarto le salía a aquel sujeto por diez y ocho francos diarios.

—Yo no puedo darle más. Mi presupuesto no es ilimitado.

Siguió un regateo, del cual hacemos gracia al lector, porque, de lo contrario, no le íbamos a hacer gracia. Al cabo de él, el hombre de las tres lenguas dijo, como quien adjudica una subasta:

—Vaya, usted me da cuarenta francos, y no se habla más.

Fabián miró el techo, y estuvo así reflexionando un largo rato; parecía estar resolviendo un problema por logaritmos.

—Le doy—dijo al fin—los cuarenta francos, pero con una condición.

—¿Cuala?—dijo el hombre, aunque el vocablo no pertenecía a ninguna de sus tres lenguas.

—Que me tiene usted que proporcionar sitio donde pasar estas dos noches.

—Aceptada.

Y al decirlo reía socarronamente.

Así fué como Fabián Becerril quedó dueño absoluto por la temporada veraniega de aquel cuarto monísimo, que, en su breve visita, más que cuarto le había parecido un palomar.

Pero ¿y qué?

¿No tenía él mucho de pichón..., en el buen sentido de la palabra?

*
**

Pasaron cuarenta y ocho horas.

Fabián instaló su equipaje en el palomar, que olía aún a los perfumes y a los... olores naturales de la señora que lo acababa de abandonar.

Al hacer en su nueva estancia lo que los franceses llaman el recorrido del propietario—y que aquí se hacía sin más que girar la cabeza en varios sentidos—, Fabián se declaró satisfecho.

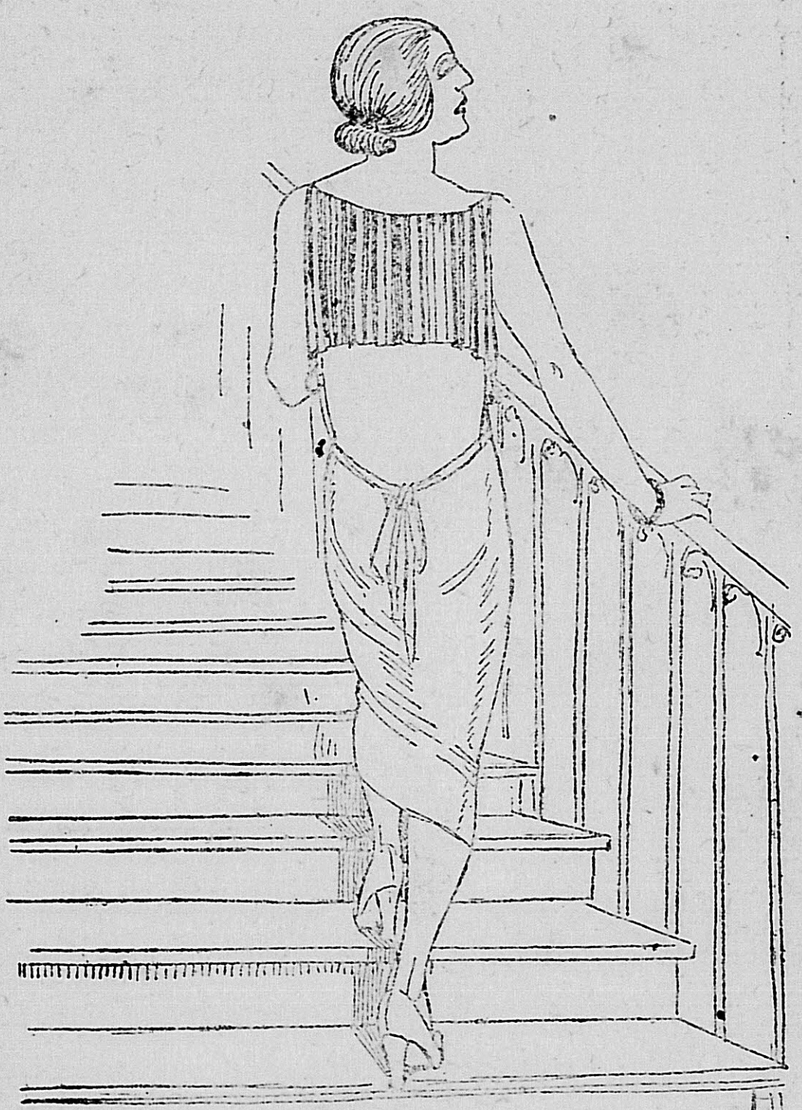
Y no era el lujo de las piezas ni la esplendidez de la instalación de luz, ni siquie-

ra lo caudaloso de las aguas corrientes lo que le sedúcía; a él lo que le encantaba del pisito en que iba a vivir eran las espléndidas vistas que tenía.

Emplazado en las cercanías de la de Santa Eugenia, desde el balcón de la alcoba y la ventana del vestíbulo se veía lo siguiente:

En una casita de un solo piso y tejado muy bajo, que había en la acera de enfrente, una señora cuarentona, de pelo muy negro y cutis muy blanco, pródiga en curvas por todas sus dimensiones y con un aire en la cara de invitación constante que a Fabián le resultaba un torbellino.

Más allá y siguiendo siempre la misma acera, había una gran casa de modas; el comercio ocupaba la planta baja, y los talleres de confección y vivienda de los dueños estaban en los pisos altos, separados de la tienda por una terraza y unas escalinatas; por aquellas escalinatas subía y bajaba sus doscientas veces al día una de las propietarias del negocio, una mujer rubia, espléndida, de ese rubio oro que tienen los cabellos de algunas de las pocas reinas que van quedando en Europa; delgada, sin llegar a la escualidez, airosa al andar y con una pureza



de líneas en rostro y cuerpo, que, de haber elegido maniquíes para su negocio, habría tenido que empezar por elegirse ella misma.

Mirando a la derecha, en una tienda mezcla de estanco, librería y frutería, se admiraba de continuo a una pequeña con el pelo suelto y formas de mujer ya acusadas, que era un verdadero bomboncito. Fabián, cada vez que desde sus ventanas veía a la pequeña coger un melocotón o un paquete de puros para despachar, sentía los preliminares del vértigo.

Como se ve, al palomar donde el joven había venido a instalarse habría podido ponérsele un letrero, que, así como otros dicen "Vista sobre el mar", dijera: "Vistas sobre mi catre".

Todo aquello lo tomó el joven como una compensación a lo que había padecido las dos noches anteriores.

Porque los sitios que el hombre trilingüe le había agenciado para pasar aquellas dos noches fueron mucho más trágicos que los de Zaragoza y Gerona juntos.

La primera noche le llevó a una casita muy baja de techo que había en las proximidades del faro y que tenía encima de la

puerta el anuncio de una cuadra donde se alquilaban caballos.

Fabián amaba mucho los caballos, ya de tiro, ya de silla; pero nunca había pensado dormir una noche entera con ellos; lo que hizo en esa memorable fué poco menos: la habitación que le destinaron estaba separada de la cuadra por un muy liviano tabique, y durante toda la noche el huésped estuvo sintiendo sobre su cabeza las coces de un pura sangre atacado de neurastenia que dormía pared por medio. Además, no despertó una sola vez que no oyese los relinchos de cuatro animalitos más; Fabián experimentó en aquella velada la sensación exacta de ser yegua.

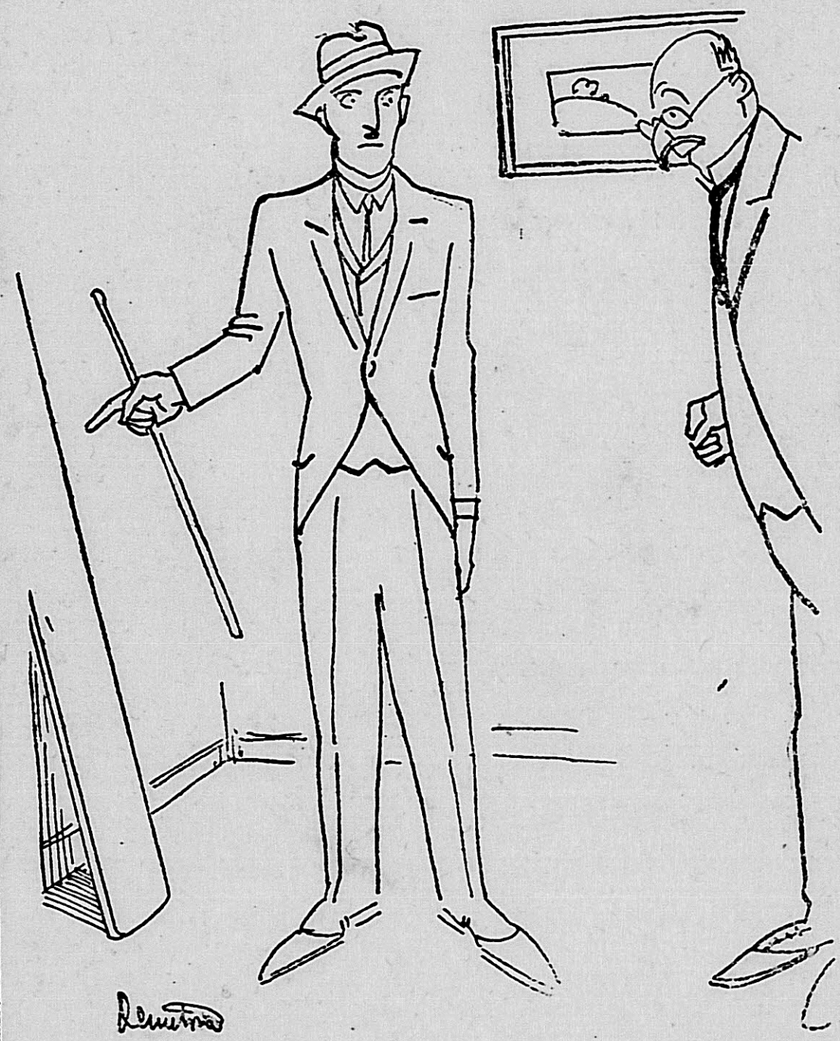
Lo de la segunda noche fué más grave. El hombre políglota, no sabiendo ya dónde meterle, le llevó a su propia casa y le ofreció su propio lecho.

Fabián sintió escrúpulos.

—Bueno; pero, y usted, ¿dónde va a dormir?

—Ahí, con usted... No pretenderá que me vaya a dormir a la calle.

Becerril se le quedó mirando. Aquel hombre era un loco o era un cínico... Al fin



aceptó, pero a condición de que entre los dos pasase la noche con ellos en el lecho una tabla de planchar que vió arrimada a la pared.

El joven quiso prevenirse contra los posibles sonambulismos eróticos de aquel mamarracho. Y si venían mal dadas, salvarse, aunque fuera en una tabla.

Abrazado a ella pasó la noche, añorando los relinchos y las coces de los caballos.

Por eso ahora, al extenderse solito en este lecho confortable de su palomar, le pareció que se bañaba en las aguas lustrales del Paraíso.

***

A pesar de lo cual se propuso no pasar muchas noches solito.

Había en Biarritz, entre muchas, una mujer que a Fabián le gustaba extraordinariamente; era alta, muy morena, tostada por el sol de la playa, que tomaba a diario durante varias horas; de cuerpo impecable, y vestida siempre con una gran sencillez, como mujer que quiere estar siempre dispuesta para desnudarse al vapor.

A simple vista se adivinaba en ella a la

dama del honor en hipoteca que tiene por oficio agradar a los hombres; Fabián lo comprendió así desde el primer momento: era el modo de mirar, el aire, el ir sola siempre y algo indefinible que rara vez engaña.

Y se propuso que no se le escapase aquella pieza, ya que era de fácil caza, y además a él le gustaba mucho.

Una noche, a las doce, volviendo él del Casino Municipal, vió por una de las aceras de la calle Mazagran una silueta de mujer que le sonó a cosa conocida. Apretó el paso, y, en efecto, era ella.

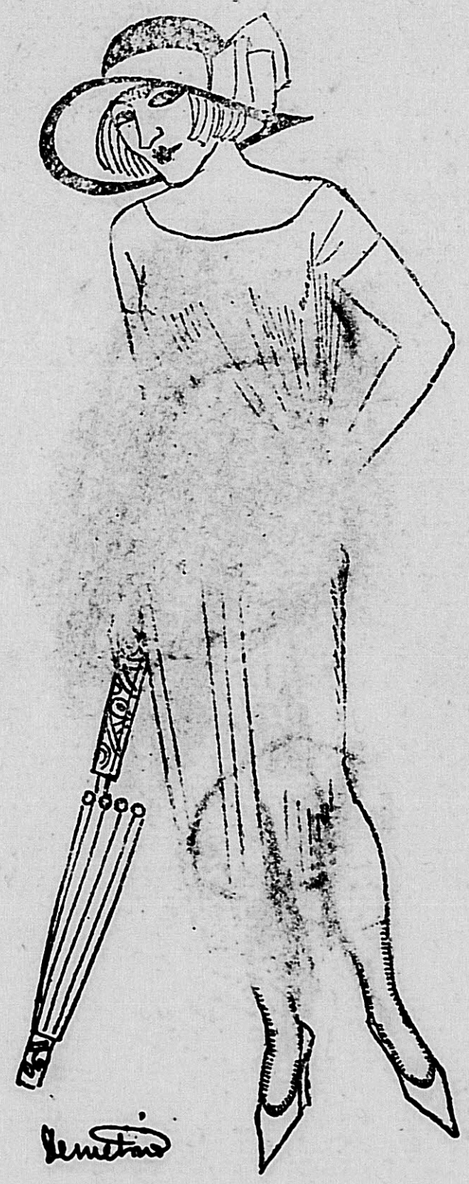
Medio desnuda, como siempre, pero cubriendo el busto con un chal blanco de lana de los Pirineos, por mor del fresco de la noche.

Fabián, decidido, entabló conversación. La noche..., la ocasión...

—¿Dónde irá usted por aquí tan sola?...

La otra se le quedó mirando, sin responderle, aunque desde hacía unos segundos tenía plena conciencia de que un hombre la iba a los alcances. El joven no se desanimó por aquel mutismo.

—Ya me figuro que a estas horas una mujer como usted no puede ir más que a su



casa; yo lo que preguntaba es dónde vive usted.

La otra se humanizó un poco; pero todas las pruebas de humanidad que dió fueron una sonrisa.

—Yo, si no tiene usted prisa, me atrevería a invitarla a que subiera un rato a mi casa; tengo Oporto y... aguas corrientes.

Nueva sonrisa de la invitada, que ahora ya se dignó hablar.

—Y ¿dónde es eso?

—Muy cerca de aquí. ¿Ve usted aquella luz?

Y señaló una que se veía a través de una ventana, al otro lado de la plaza.

—Aquél es el hueco de la escalera... ¡Oh! Muy pocos escalones.

—Bueno; vamos.

Y fueron.

Aquella mujer era una bruta; una bruta simpática, pero bruta al fin. Al entrar en la alcoba del palomar, que ella iba a estrenar por lo que a Becerril se refería, no mostró curiosidad ninguna, ni lanzó siquiera esa mirada inspectora de todo el que entra por primera vez en una estancia.

Tanto que Fabián se creyó en el caso de preguntarla:

—¿Tú habías estado ya aquí alguna vez?

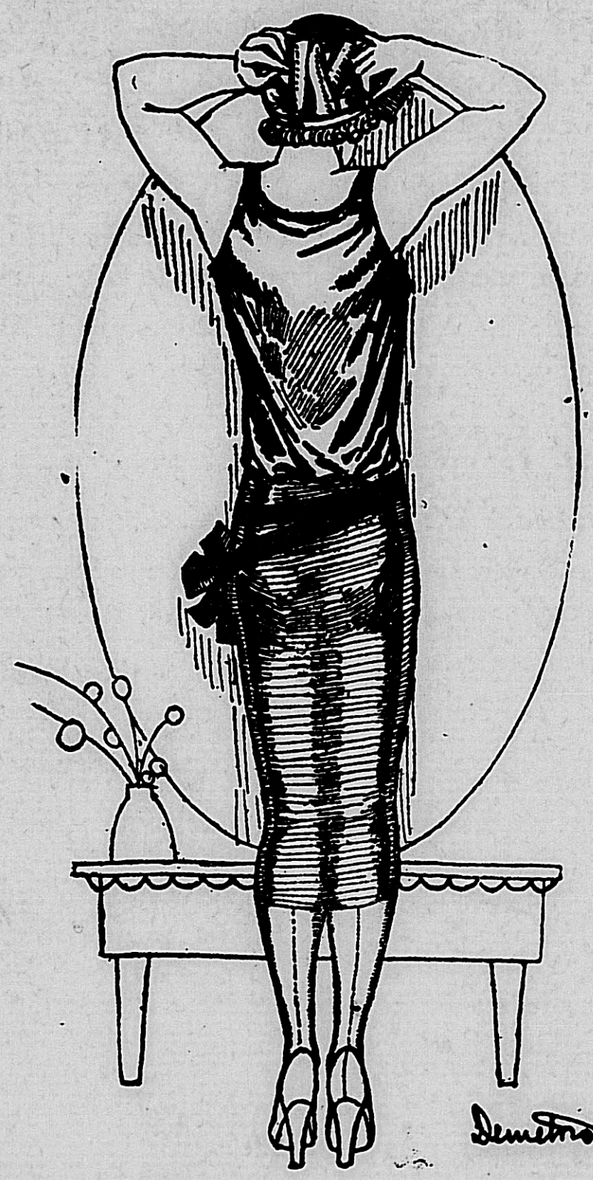
—¿Yo? ¡No, hijo! Yo voy siempre a mi casa. Contigo he subido, por que no dijeras.

Había tirado el chal encima de una silla, y, de pie ante uno de los grandes espejos, se quitaba una amplia cinta color granate, con que casi siempre, en lugar del sombrero, se sujetaba los cabellos.

La postura la obligaba a permanecer con los codos en alto y las axilas—a mí me hubiera gustado más escribir sobaco en vez de axila, pero dicen que es una palabra muy ordinaria—al descubierto; Fabián vió en aquello una ocasión propicia, y la atacó por el punto que al descubierto quedaba.

Ella no mostró el menor asombro, como si desde que entró en la casa esperara ser atacada por cualquier parte y en cualquier momento. Sin dejar de reír cayó en la cama, y allí, entre risas y jugueteos, acabó de desnudarse.

Los hombres le llamaban a esto hacer el amor, y no era cosa de ponerse a discutir. A ella todas esas cosas no le producían más que una risa muy grande, y riendo lo hacía



todo, llegando hasta el fin; como esas aldeanas que, atacadas por el mozo en la soledad del granero, disimulan con la carcajada su turbación, creyendo que así le quitan al acto de la deshonra todo sabor trágico.

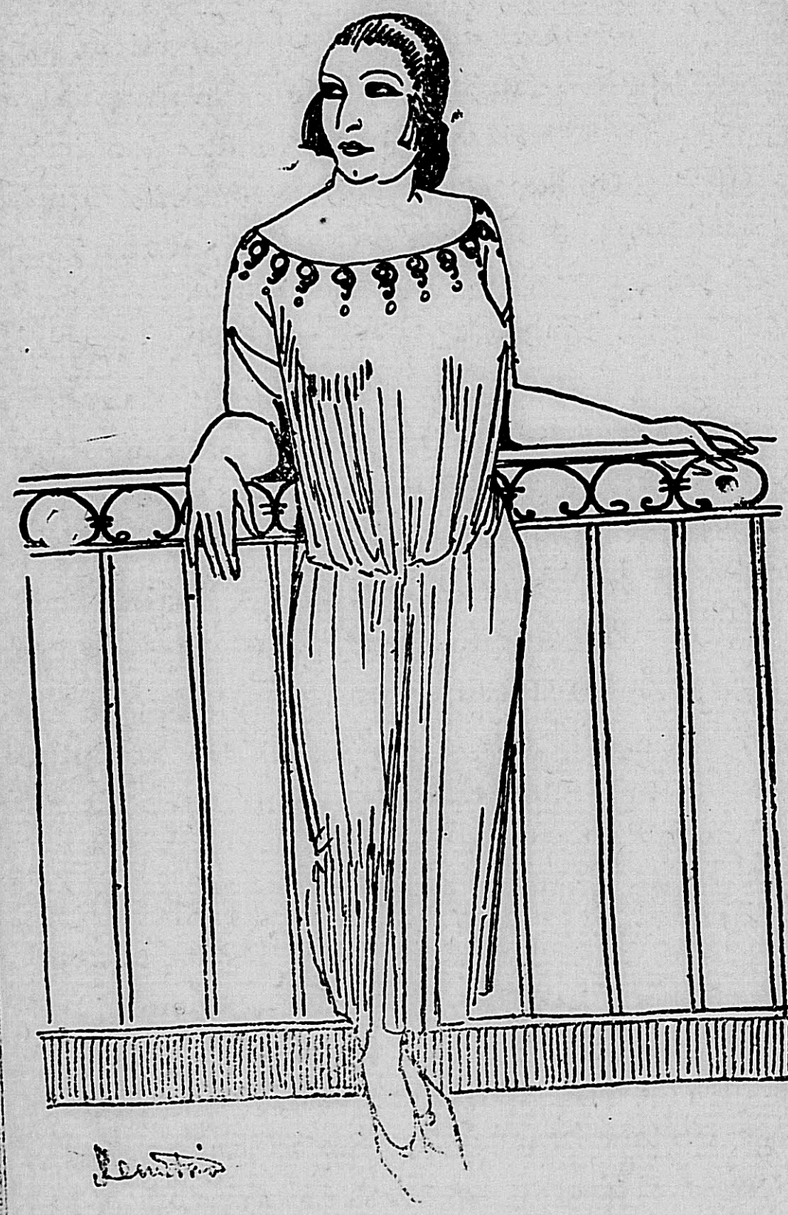
Mucho de aldeana tenía esta francesa, a pesar de su cuerpo torneado y de su perfume, que recordaba vagamente a Coty. Aldeana habría sido probablemente, y aun tenía en sus carnes el sabor ácido del pan moreno.

Cuando se fué del palomar, a las diez de la mañana siguiente, Fabián quedó medio inválido en el lecho. Tenía toda esa pesadez del hombre que se ha atracado de pan hasta bordear el cólico.

***

La estrechez de la calle y el estar casi siempre abiertos los huecos de las casas, permitía a Becerril ejercer una inspección constante en el vecindario.

Gracias a ella se enteró muy pronto de que la morena jamonaza que vivía enfrente, y que, por cierto, se pasaba el día entero en



el balcón, estaba sola en su casa toda la jornada.

No podía él asegurar que por la noche le ocurriera lo mismo, aunque tampoco había visto señales de acompañamiento nocturno a través de las ventanas. Pero como quiera que fuese, a él tanta soledad comenzó a darle pena.

Ya en varias ocasiones la opulenta señora había vuelto la cara bañada en risas ante una mueca demasiado expresiva que el galán había hecho. Aquellas risas fueron para Becerril de muy buen agüero, ya que tras ellas la señora no se retiraba del balcón.

En vista de ello, decidió ampliar sus gestos, y apeló a todas esas estratagemas inocentes a que apelan los hombres voluptuosos cuando quieren hacer la propaganda por el hecho: mudarse de ropa interior dejando el balcón abierto, pasear en paños menores por la estancia a la hora de la siesta, rectificar el punto de la hebilla del pantalón, despojándose antes de la prenda...

Una noche, en el *cine* Royal, que Becerril frecuentaba mucho, la suerte quiso que su vecina cayese en vecindad también en la bu-

taca de al lado. Fabián, que conocía sus deberes, entabló conversación con ella.

No fué el diálogo muy animado al principio; ella, mujer honrada al fin y al cabo, se resistía a entablar conversación tendida —dicho sea sin malicia—con un señor desconocido, pero cuyas intenciones retozonas le eran conocidísimas de sobra.

La cosa tuvo que ir animándose poco a poco.

—¿De manera que a usted el *cine* no le molesta?

—¡Hombre, tanto como molestarme...!

—A mí me encanta.

—¿Sí?

—¡Ya lo creo!

—Vaya...

—Sí, sí.

Fabián se creyó en el caso de abordar temas más profundos.

—¿Viene usted sola?

—Ahora, sí.

—¿Cómo ahora?

—Mi marido está fuera: ha ido a Burdeos para sus asuntos.

—¡Ah, es usted casada!

—Completamente.

El joven Becerril notó que se le hacía la boca agua.

—Y... ¿tardará mucho en volver su esposo?

—No lo sé; yo creo que vendrá para octubre.

—¡Octubre! ¡Qué bonito mes!

—No está mal.

Fabián lanzó un suspiro en la obscuridad.

—No es divertido vivir solo. Yo también estoy solo aquí en Biarritz.

En la obscuridad también sonó una risita.

—¿De qué se ríe usted?

—De eso: de su soledad. Yo no me asomo una vez al balcón que no le vea acompañado, sobre todo por las noches. Y las personas que le acompañan no llevan pantalones precisamente.

Lo decía con cierto retintín, con un tonillo que parecía querer decir: "Teniéndome a mí enfrente, ¿para qué sale usted a buscar a nadie?"

El joven protestó, con esa falsa modestia de todos los conquistadores:

—¡Bah! ¿Cree usted que cuando está uno con una mujer de esas no está lo mismo que si estuviera solo?

—Yo no sé de qué clase de mujeres había usted; para mí, todas son iguales.

—No diga eso.

Dieron luz en la sala; al pasar ante ellos la vendedora de chocolatines y confituras, Fabián obsequió a su vecina con un *sucre d'orge* de los mayores que había en la bandeja de mimbre; parecía un espárrago momificado.

A la criada, que acompañaba a su señora, largó unos vulgares caramelos de los más baratitos. Hay que advertir que la criada era más fea que eructar en un cotillón.

Salieron los tres juntos del *cine*, y Fabián acompañó a las mujeres por la calle.

***

¿Cómo ocurrió la cosa?... Pero ¿es que acaso estas cosas se sabe nunca cómo ocurren?

Lo cierto fué que aquella misma noche, diez minutos después de haber salido del *cine*, la jamona, la morenaza casada que tenía el marido en Burdeos—cepa Medoc—, penetró en el palomar de Fabián Becerril como una paloma atontada.

La criada no penetró; a la criada la mandaron a acostar, con el encargo de que viniera a llamar a su señora a las ocho.

—No me negará usted que esto es una locura—dijo la dama apenas el galán hubo cerrado la puerta de la jaula, digo del piso.

—¡Una locura! ¿Por qué? Está usted en su casa.

—¡Huy! Si mi marido se enterase...

—Pero ¡qué hipótesis! ¿No está en Borgoña?

—En Burdeos.

—O en Burdeos... Y, a propósito de Burdeos: tengo aquí un vino de Oporto que sirve hasta para tintarse el pelo. Vamos a tomar una copita.

—Yo no bebo nunca.

—Esta noche, sí.

—¡Qué locura, Dios mío, qué locura!

Y se tapaba la cara con las manos, mientras reía con una risita nerviosa, que parecía fingida, y que puede que lo fuera.

Para disimular su turbación se dedicó a inspeccionar todos los rincones de la casa. La mayoría de ellos le eran conocidos, por haberlos visto desde la suya a través del balcón y de la ventana; pero los había visto

por trozos sueltos, como se ven las habitaciones de casa a casa, sin esa visión de conjunto, que es la que da la verdadera fisonomía de las cosas.

Desde la puerta del cuarto de *toilette* se volvió, y, poniendo una cara de niña de cuarenta años, dijo mimosa:

—A ver si en lo que estoy yo aquí viene alguna de esas que le visitan a usted todas las noches.

—No se preocupe, que no vienen. Aquí esta noche, no manda nadie más que usted.

Y como ya tenía servidas las dos copas de Oporto, ofreció una a la opulenta morenaza.

La apuró de un trago, como persona que tiene prisa por enterarse de las cosas, y, al devolverla a Fabián, éste se la llevó a los labios e hizo como si bebiera también en ella.

—¡Qué malo es usted!

Becerril, cada vez más dentro de su apellido, se acercó a la dama, y, como hiciera ese ademán tan familiar a las doncellas cuando se trata de desnudar a la señora, ella se opuso radicalmente:

—¡Ay, no! ¡Eso sí que no!

—Pero ¿por qué?



—Porque no. ¡Qué vergüenza!

El pudor, en aquella mujer, era lo más parecido al frío; cualquiera diría que era el miedo a atrapar un catarro lo que la impedía desnudarse.

Fabián, hombre al cabo de cierta práctica, pensó otra cosa: aquélla era una de esas mujeres bien construídas, sin llegar a la obesidad, que a duras penas conservan la línea —una línea de ferrocarril internacional—a fuerza de compresiones y de ceñidos, y, naturalmente, tienen miedo a soltar las compuertas del dique y provocar una inundación.

El joven respetó aquella variante del decoro femenino, y dijo con toda tranquilidad:

—Está bien; como usted quiera. Lo haremos vestidos.

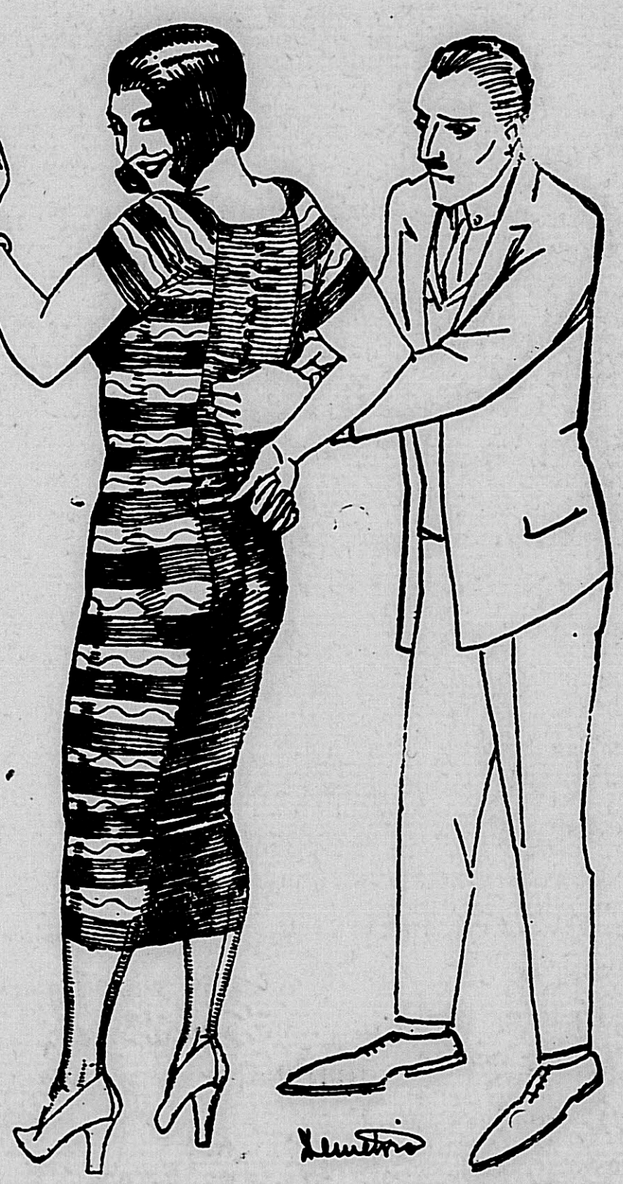
—¡Es usted atroz!

—Ahora lo va usted a ver, señora. Vestiditos y todo, como Adán y Eva.

—¿Como Adán y Eva?

—Como Adán y Eva después que los echaron del Paraíso; ya sabe usted que lo primero que hicieron, cumpliendo la maldición del Señor, fué marcharse a un bazar de ropas hechas.

A ella le entró tal risa, que para no tron-



charse tuvo que dejarse caer sobre la colcha de la cama de Fabián, intacta hasta entonces. Y como debajo de la colcha estaban las sábanas, y debajo de las sábanas el colchón, pues... lo que pasa.

Fabián, muy serio, tumbóse también, como era su deber, y la señora del pelo muy negro y la cara muy blanca empezó a recorrer un camino por donde había pasado ya otras veces, aunque la última hacía algún tiempo.

Con el mismo gesto de gula con que poco antes se había bebido la copa de Oporto, vaciaba ahora el contenido de esta otra copa que Fabián Becerril había puesto en sus labios.

Era, más que nada, curiosidad fisiológica, pero el joven se aprovechaba de ella para un regodeo sin límites.

Como buen conocedor, pudo apreciar la dureza de carnes de aquella jamona, que estaba muy lejos de la fofez que presentan otras de su edad y de su tipo.

Y pudo apreciar también—ello fué al venir el día—lo finamente que la morenaza trabajaba en lo que podríamos llamar la cuerda floja del amor. Fué una cosa espon-

tánea en ella, que empezó por una caricia y acabó casi en un asesinato; la dama se había desnudado ya, pero, para la faena, maldita la falta que le había hecho desnudarse, ya que los trabajos de cabeza se ejecutan divinamente estando vestidos.

Eran dos amigas, e iban siempre juntas. Fabián las conocía mucho de vista; vivían en el hotel Victoria, y las acompañaban muchas veces sus madres respectivas, que eran dos señoras en absoluto respetables.

Pero en ocasiones, en muchas ocasiones, las chicas alzaban el vuelo solas, y en la arena del Port Vieux, por las mañanas, o en el paseo de la gran playa, por la tarde, lucían sus cuerpecitos y su eterna alegría, imán poderoso de sus admiradores.

Una de ellas era rubia, con las facciones muy abultadas, los labios muy rojos y salientes, y unos ojos de color verde claro, tan serenos, que parecían ennoblecer el conjunto, un poco abrutado, del rostro. La otra era morena, más fina de cara, con ese color pálido tostado que parece casi transparente.

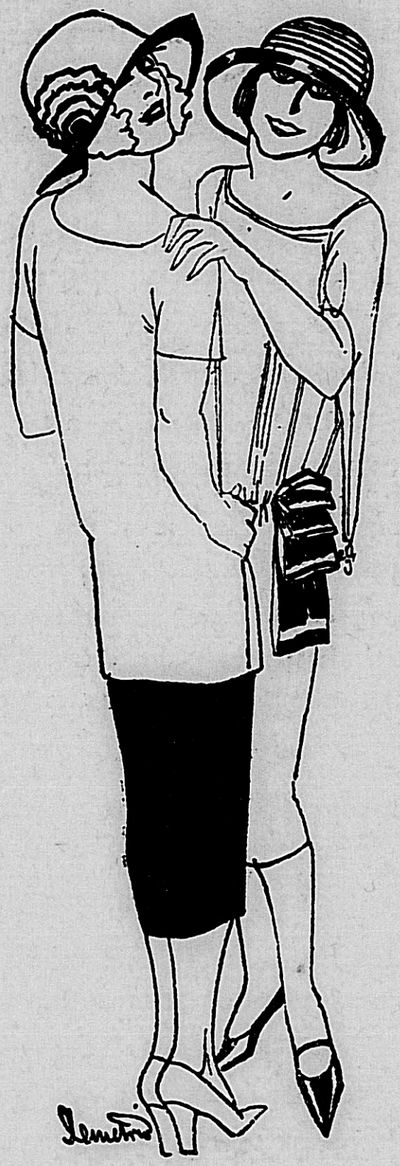
Se completaban las dos, y se diría que el instinto las había hecho juntarse, pues difícilmente se encontraría una perfección femenina que entre las dos no la tuviesen.

Fabián se había dedicado a cultivarlas con esa falta de fe de quien sabe que pierde el tiempo y lo hace tan sólo por pasar el rato; eran, sin discusión, dos señoritas decentes.

Pero, por lo visto, dos señoritas que habían leído *La Garçonne,* ese libro no más que medianamente escrito, pero que ha servido para poner de manifiesto la cantidad de hipocresía y de ñoñez que alberga una buena parte del género humano.

Porque aquellas chicas, al sentirse admiradas de continuo por Fabián, empezaron a hacerle cara de un modo decidido. Becerril, a pesar de su apellido, no era lo suficientemente petulante para suponer que aquel juego que se traían con él las chicas no se lo trajesen con todo el que las mirase con apetito.

El juego era incitante y peligroso; primero fueron miradas sostenidas y descaradas, tanto, que más de una vez obligaron al joven a bajar los ojos; hay que tener en cuenta que los que le miraban eran cuatro, y él,



por lo menos a la vista, no disponía más que de dos. Más tarde fueron unas sonrisitas, a las que el pollo, para no quedar mal, correspondía con otras, sin que ninguna de las partes beligerantes supiera a punto fijo lo que con ellas querían expresar.

Y al poco tiempo, al verle de lejos, la rubia y la morena, sin dejar de mirarle y de señalarle, empezaban a cuchichear y a reír a carcajadas.

Fabián estaba en esa situación del hombre que sabe que si se inclina a un lado va a quedar como un grosero y un atrevido, pero si se inclina del otro, quedará como un tímido bobalicón. Y él, en estos casos de duda, se inclinaba siempre del lado de la voluptuosidad.

Una noche hacían en el Casino Municipal *Los cuentos de Hoffmann,* y Fabián, enfundado en su *smoohking,* ocupó su butaca en el momento de comenzar la función. Entre la gente que, siguiendo la costumbre tan grata a los españoles, fué entrando en la sala con el telón levantado, aparecieron las dos chicas de sus ensueños, acompañadas de sus mamás respectivas, que, por cierto, no tenían ese tipo innoble y atinajado de muchas

mamás de chicas guapas. Total: tres butacas y un *strapontin* de una de las primeras filas.

La rubia iba de azul y la morena de grana, como era de rigor; se habían esmerado en la *toilette* y en el tocado, y estaban divinamente atrayentes.

Fabián, al verlas, pensó en su palomar. ¡Qué linda collera para unas cuantas horas de arrullo!

En el primer entreacto, al levantarse el público para salir a los salones, las chicas vieron a Becerril, colocado un poco más atrás; aprovechando la aglomeración de la gente, le hicieron cada una, al pasar, una mueca, que parecía querer decir: "¿También aquí?".

La de la morena fué más expresiva; casi siempre ocurría lo mismo.

Con un poco de asombro por parte de Fabián, las chicas, dejando a las mamás a la puerta de la sala de la bola, se encaminaron a la terraza.

Hay que advertir que en esta noche fresca y húmeda de fines de agosto, la terraza era un semillero de catarros. Seguramente no habría nadie en ella.

Fabián fué detrás. Aquello le parecía un reto.

Tanto más cuanto que, al cruzar el gran salón para encaminarse a la terraza, las muchachas volvieron tres veces la cabeza para mirarle.

***

En efecto, en la terraza no había más suicidas que ellos tres.

Venía del mar un airecillo fresco que invitaba a marcharse de allí cuanto antes. Al salir de la diminuta puerta que comunicaba los salones con el aire libre—la grande estaba cerrada a causa del viento—, Fabián vió que las dos palomas estaban paradas en medio de la terraza y como esperándole.

No tuvo más remedio que irse derecho a ellas.

El diálogo no era la especialidad de Fabián Becerril. Hombre de acción en el terreno amatorio, perdía poco su tiempo en esos discreteos a que otros son tan aficionados.

Sin embargo, comprendió que en esta ocasión no tenía más remedio que decir algo; no era cosa de caer sobre aquellas dos mu-

chachas allí mismo, al aire libre, como una plaga de langosta.

—¿No le tienen ustedes miedo a la noche?

—Nosotras, no; ¿y usted?

La que había contestado era la rubia, que al dejar salir las palabras por entre sus labios tumefactos parecía irlas chupando una a una.

—Yo sí le tengo, y no hubiera salido nunca aquí a no ser por ustedes.

—¡Ay, por nosotras no se moleste!

Esto lo dijo la morena, que tenía voz de jilguero. Fabián fué dándose cuenta de que ambas a dos, la morena y la rubia, eran unas guasonas muy grandes.

Y ello le excitaba aun más. Bien es verdad que a Fabián Becerril todo le excitaba.

—Lo que me choca es que detrás de ustedes no hayan salido todos los hombres que hay en el Casino.

—¿Se cree que todos son como usted?

—Es que a mí me gustan ustedes mucho.

—Hombre, tenemos una duda. ¿Cuál de las dos es la que le gusta?—preguntó la rubia.

—No hay duda posible: las dos a rabiar.

—Entonces va usted a tener que casarse con las dos.

—¡Qué más quisiera yo!

—A menos que lo eche usted a suertes.

—Yo lo echo a lo que ustedes quieran. Y les advierto que tengo que hablar muy seriamente con las dos.

—¡Huy, qué miedo!

—Pero ¿con las dos a un tiempo?

—¿Por qué no?

—Pues hable usted.

—¿Aquí? ¿Con el frío que hace? Además, van a llamar para el acto en seguida.

Se habían acercado los tres sin darse cuenta, y formaban casi una sola figura. Los ojos claros de la rubia se clavaban en Fabián, y la mueca maliciosa de la morena parecía hacerle burla despiadadamente. El joven, en el colmo de la excitación, se tiró a fondo:

—No soy partidario de hacer las cosas incómodamente cuando se pueden hacer con comodidad. Yo tengo que hablar con ustedes, y no quiero que sea al aire libre. Pero ustedes, que son, o parecen ser, tan decididas, ¿por qué tienen miedo a lo que no debe inspirarlo?

—¿A qué?

Fabián contestó dando las señas detalladas de su casa, y añadiendo:

—En ese piso, mañana tarde, a las seis, estaré yo solo, como estoy siempre.

Se miraron las dos, y cambiaron una risita.

—Sí, señoritas; no se rían ustedes: solo, sobre todo, a esas horas.

—¡Ah!

—Y he elegido las seis de la tarde, porque yo supongo que a ustedes no las dejarán salir solas por la noche.

—¡Claro que no! ¡Qué disparate!

—Muy bien; pues por la tarde.

Las chicas se miraban, un poco desconcertadas; por lo visto, no se esperaban una decisión tan imperialista en un sujeto que durante muchos días no había osado más que mirarlas y sonreír.

La morena habló primero:

—Bueno; pero usted, ¿qué es lo que nos propone?

—Muy sencillo: que mañana por la tarde, a las seis, vengan ustedes a merendar a mi casa.

—¿Nosotras?

Estallaron las dos en una carcajada, e iniciaron la fuga hacia el interior del Casino.

—Usted está loco—dijo la rubia, a modo de despedida.

—Si quiere usted, iremos con nuestras mamás—añadió la morena.

Se cogieron por el talle y desaparecieron por la puerta pequeña.

Llamaban ya para empezar el segundo acto. Fabián encaminóse al teatro con la melancolía del cazador al que le ha fallado un tiro.

Y no es que fuese el primero en su vida que le fallaba: él, como todos los grandes guerreros, había perdido en su vida muchas batallas. Pero esto de ahora, por lo mismo que él tenía, o se imaginaba tener, tan bien preparado el terreno, le dolía más que cualquier otro fracaso anterior.

No quiso ver terminar la obra y salió del Casino.

Muy despacio, como quien va pisoteando sus propios pensamientos; con la cabeza muy baja, como quien escudriña en qué agujero del suelo sepultaría su tristeza, Becerril tornóse a su albergue.

Para hacerlo eligió instintivamente el gran

malecón que, bordeando la gran playa, sube a la plaza de Santa Eugenia, domina el puerto de pescadores y va a morir en el túnel de la roca de la Virgen.

Era su paseo predilecto en las horas tediosas: en aquellas que, como la de ahora, siguen a un gran desengaño, o en aquellas otras—por todas partes se va a Roma—en que un excesivo trabajo de la medula deja el espíritu propicio a la inquietud melancólica.

Fabián, mientras caminaba lo más despacio posible en busca de su albergue, iba casi diciendo en voz alta sus pensamientos:

—Pero ¿qué arcano húmedo y letrinoso es la mujer? ¿Qué valor tienen todas las cosas que se han escrito acerca de la psicología femenina? Que la mujer es un animal coqueto por naturaleza ya lo sabemos, pero, ¡caray, no tanto! ¿A santo de qué aquellas chicas se habían pasado una temporada correspondiendo de un modo incendiario a sus miradas, para luego plantarse a última hora? Y para plantarse ¿qué necesidad tenían de salir a la terraza?

Al llegar a este punto de sus reflexiones, Fabián llegaba también a la plaza de Santa

Eugenia. De su abstracción vino a sacarle una voz obscura, intensamente velada por el alcohol, que le decía, en forma de imprecación:

—Pero ¿en qué va usted pensando?

Y al mismo tiempo casi lo derribaban al suelo de un empujón.

Era un transeunte rezagado, enemigo sin duda de la filosofía.

***

A la tarde siguiente, el joven, desde las cinco, estaba recluído en su palomar.

El día era tristón; había llovido durante toda la mañana, y por la tarde, sin disiparse las nubes, aunque ya no soltaban agua, mantenían el tono gris y húmedo de la jornada, que era, en los finales del verano, un presagio melancólico del otoño.

A Fabián le gustaban estos días, en los que su medula parecía ponerse a tono con el ambiente, impregnándose de humedad. Pero hoy estaba triste; no sabía por qué, o no quería confesárselo.

Había cerrado las maderas de balcones y ventanas, y, encendiendo las luces, hacíase la

ilusión de que era de noche. En un infiernillo que tenía se había hecho una taza de café muy cargado, y, tumbándose vestido en la cama, había colocado la infusión del moka sobre un taburete al alcance de la mano, para ir tomándola poco a poco.

Estaba en una de esas situaciones de espíritu en que no se espera nada y en que cualquier absurdo que nos pronostiquen para el día siguiente nos parece racional. Es ese estado de alma delator de la melancolía y de la úlcera de estómago.

De pronto parecióle oír pasos en la escalera que conducía a su piso. Al cabo de un momento llamaron con los nudillos y con bastante timidez a la puerta.

No le hizo mucha gracia tener que levantarse de la cama y salir de aquel nirvana en que había empezado a sumirse. Cuando iba, sin apresurarse mucho, a abrir la puerta, oyó unas risitas contenidas, que le parecieron de mujer.

Sin preguntar quién era el que llamaba, abrió la puerta.

Al otro lado de ella, muy risueñas y sin decir una palabra, estaban las dos chicas: la rubia y la morena.

Fabián se quedó absorto; pero muy pronto comprendió que debía simular su asombro. ¿No las había invitado a venir? Pues si ahora se extrañaba de que hubieran aceptado su invitación, ponía en evidencia a los ojos de ellas que, al hacerlo, había procedido de ligero.

Las muchachas no hacían ademán de entrar.

—Pero ¿no pasan ustedes?—les dijo Fabián.

Y entonces empezó entre las dos una polémica por quién había de penetrar primero en la casa; no parecía sino que el paso de gravedad era aquel de poner el pie en el pavimento.

—Pasa tú primero.

—No, mujer; anda tú. Yo no tengo prisa.

—Y ¿por qué he de pasar yo antes?

—¿Y yo?

—Les advierto a ustedes que en la casa no hay perro.

—Ya nos lo figuramos.

—Y para que acaben de decidirse, me iré yo a esa otra habitación, y entran ustedes, sin que yo me entere de cuál lo ha hecho primero.

La cosa les pareció tan ridícula, que casi a la vez dieron ambas un empujón, y, como en las comedias bufas, pasaron al mismo tiempo. Al instante, la puerta se cerró tras ellas.

—Nos han dicho que tiene usted una casa muy bonita, y hemos subido a verla—dijo la morena.

—Abusando de su bondad, claro está —añadió la rubia.

No hacían alusión para nada a la cita de la noche anterior, como si aquella subida fuera una cosa espontánea que se les hubiera ocurrido al pasar por la calle.

Las mujeres gustan a veces de engañarse a sí, aun sabiendo que al hacerlo no engañan a nadie.

Se dedicaron a disimular su turbación pasando revista a la casa: la operación iba a darles para muy poco tiempo. Fabián las dejaba hacer.

—Verán ustedes que eso de que esta casa es bonita no es más que un cantar.

—¡Ah, no! Pues está muy bien.

Esto lo había dicho la morena, mientras se extasiaba ante una vista de la gran playa, que había en la pared frente a la cama de

Fabián; cualquiera diría que la tal playa no la había visto nunca.

El joven, acercándose por la espalda, sin decir nada, y sin poderlo remediar, la dió un beso detrás de la oreja izquierda.

Se volvió la chica muy colorada.

—¿Qué hace usted?

—Pues esto.

E hizo ademán de repetir.

—Quite, quite... Para que le perdone su atrevimiento, tiene que darle otro beso a ésta.

La rubia no opuso ningún inconveniente. Fabián, al saborear el jugo de aquellos labios abultados, creyó estar comiendo un fresón.

***

El caso de aquellas dos chicas no era nuevo ni tenía, después de todo, nada de particular.

Era simplemente una edición más, o, mejor dicho, dos, de la doncella que, sin dejar de serlo, se propone enterarse de todo lo que pueda saber una señora casada y, a ser posible, de algo más.

Fabián se enteró muy pronto. Aquellos besos dados con tanta facilidad, abrieron el capítulo de las confidencias.

—Tú dirás que somos un par de locas, pero no hay nada de eso.

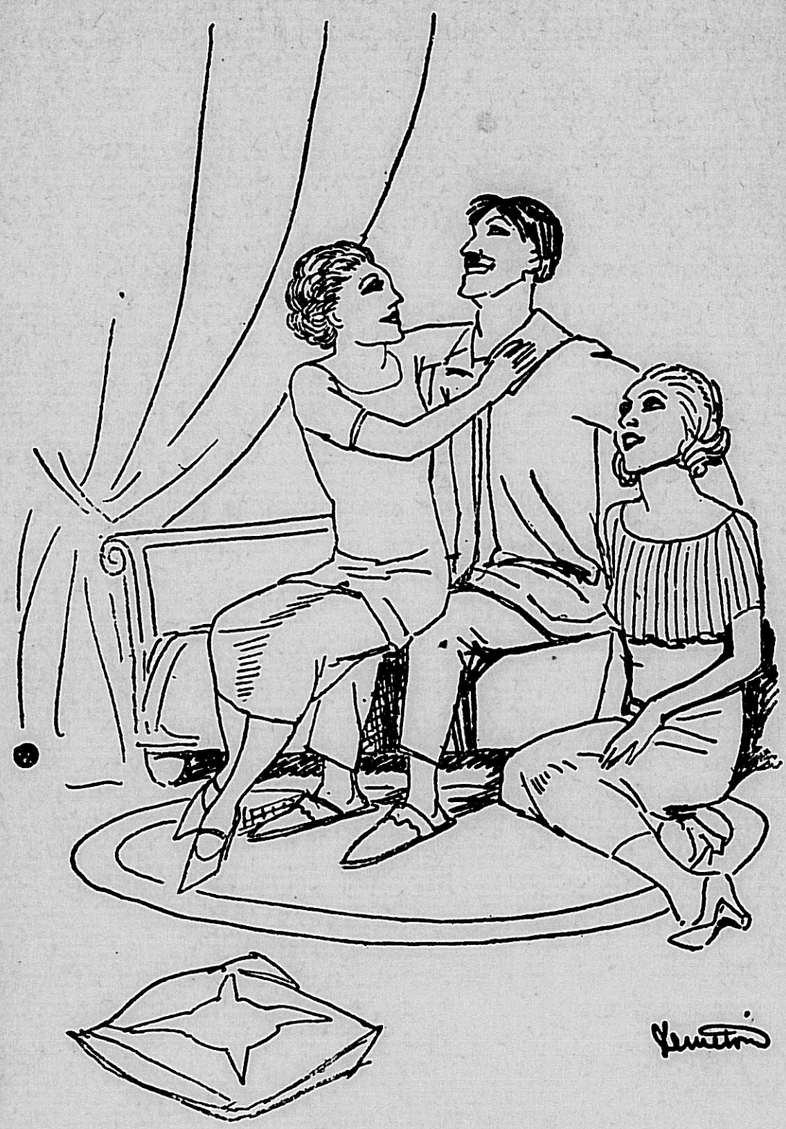
—Yo no digo nada, y, de decir algo, lo único que se me ocurriría decir es que sois encantadoras.

—No; lo que pasa es que nos gusta divertirnos, pero sin hacer nada malo.

Y, como para demostrarlo, las chicas, sin darle a nada la menor importancia, empezaron el desarrollo de su programa.

Fabián, medio echado en la cama, tenía sentada encima de sus rodillas a la chica morena, cuyos cabellos obscuros iba acariciando lentamente, mientras ella jugueteaba con los botones de su chaleco. La rubia, sentada sobre dos cojines al borde de la cama, dejaba que la mano derecha del joven hiciera excursiones por sus regiones corporales propicias a la lactancia, que, en honor a la verdad, tenían más de páramo que de cordillera.

—Ahora éste va a creer—decía la rubia, mirando lánguidamente al techo—que nosotras hacemos esto con todo el mundo.



—¡No!

—Lo primero que necesitamos es que se trate de un muchacho como tú, que va siempre solo, que no tiene amigos y que, por lo tanto, no le va a contar a nadie sus proezas.

—¡Oh! Lo que es eso...

—Los conquistadores en grupo nos horrorizan. Además, el que sea tiene que vivir así, como tú: aislado, en una casa como ésta, donde nadie nos ha visto entrar.

—Ni nadie os verá salir: podéis estar tranquilas.

—Y, además, necesitamos otra cosa—dijo la morena, que hasta entonces había hablado muy poco—: que el interesado nos guste.

Al decirlo se dejó caer del todo sobre Becerril, confundiéndose sus bocas en un beso.

Aquellas muchachas, perfectamente enteradas de su obligación, sabían que cuando una mujer se encierra a solas con un hombre y por circunstancias especiales — como eran las suyas—, se ve en el caso de negarle... lo que los hombres piden siempre, ha de cohonestar esa negativa con ciertos suplementos, algunos de los cuales ganan en intensidad al regocijo negado.

Y ellas no escatimaban ese suplemento.

Sobre todo la rubia, de boca gruesa y facciones abultadas, que se había hecho una maestra en el difícil arte de las compensaciones amatorias. La morena, excitada por la rivalidad, tampoco se quedaba atrás, pero no llegaba a los perfeccionamientos inesperados de la otra.

Fabián tuvo que pedir un armisticio, rendido mucho antes que sus ansiosas atacantes; bien es verdad que su papel era más difícil de llenar.

Concedida la tregua, el pollo fué enterándose poco a poco de algo que, a decir verdad, no le produjo sorpresa alguna. Ocurrió que, abandonando el lecho, pasó a la estancia inmediata en busca de ciertas purificaciones hidráulicas que le eran muy necesarias; llevóle cierto tiempo el menester de la ablución, y cuando volvió al dormitorio halló a la morena y a la rubia acostadas ambas en su cama, pero no en la actitud yacente de dos personas que se disponen a dormir, sino más bien abrazadas para una lucha, que sería un poco hiperbólico apellidar grecorromana.

La isla de Lesbos es casi siempre fondo de paisaje de toda amistad entre dos mujeres

jóvenes. A Becerril no le molestó la cosa; antes al contrario, le agradó sobremanera.

Lo que ya no le agradó tanto fué el final de la jornada. A las siete y media, las chicas, entusiasmadas con su propia labor, y considerando a aquel varón como un intruso, le expulsaron violentamente de su propio lecho y exigieron de él que, muy sentadito en una silla, guardase una actitud pasiva.

Fabián Becerril no era un contemplativo por temperamento; aun así, hubo de resignarse y pasar más de una hora—las chicas no se marcharon hasta cerca de las nueve—gozando de la belleza de la vista de aquellos cuadros, que no son de los que se exhiben en los Museos, porque los Museos y las Academias no suelen ser más que planteles de aburrimiento.

Y, a pesar de que no hizo nada más que mirar, su fisiología se debilitó mucho más en aquella última hora que en toda la contienda anterior.

***

En sus ratos de ocio, que, afortunadamente, aquí, en Biarritz, eran muchos, Fabián, solo en su piso, sacaba una silla al bal-



cón de su alcoba, amplio como una terraza, y se entretenía en ver la gente que pasaba por la calle.

Es decir: eso parecía; pero en lo que se entretenía en realidad era en ver, admirar y comerse con los ojos a una de sus vecinas de enfrente: a la modista rubia, dueña de la casa de modas.

Era una mujer de cierta edad, que, como se sabe, es la más incierta de las edades, y tenía ya esa madurez próxima a la descomposición, que hace tan agradables a las frutas.

Era rubia; pero esto del rubio hay que aclararlo.

Porque el vulgo cree que cuando dice una mujer rubia, ya lo ha dicho todo, y, en realidad, no ha dicho casi nada; es como si hubiera dicho: una mujer con ojos.

Porque ¡hay tantas clases de pelo rubio en la mujer! Hay el rubio oro, que parece formado con onzas líquidas y luego vueltas a solidificar en hebras; hay el rubio caoba, que parece teñido con coñac, un rubio de matices inesperados y siempre bellos; hay el rubio panocha, el rubio cola de buey, el rubio te... y ciento setenta y dos tonos más, según

me ha asegurado un peluquero de señoras.

La mayoría de ellos son encantadores, sean o no artificiales, que en esto no reparan más que los espíritus paletos.

La modista vecina de Fabián era rubia caoba; su pelo ondulado, recogido atrás con sencillez, tenía muchas hebras de oro, que sobre el fondo más obscuro de las otras venían a resaltar artísticamente.

Era una guapa mujer, que al muy poco tiempo empezó a darse cuenta de que el vecino la miraba, y no de un modo desinteresado; ella, viuda desde hacía cuatro años, y siempre metida en el cuidado del negocio, se preocupaba poco de los hombres; pero ahora, fuese por la insistencia visual de Fabián, o por cualquier otra causa, pareció fijarse en la adoración de que era objeto.

Llevaba siempre unos trajes muy ceñidos, que, al alzar la pierna para subir los escalones que conducían desde la calle a los talleres, dibujaban admirablemente el hemisferio sur, que no era en ella promontorio carnoso, sino suave abultamiento.

¡Y Fabián, al ver aquello, se ponía como loco!

No cometió el error, tan frecuente en los

hombres, de considerarla como una mujer fácil; su adoración era puramente platónica, y más bien la tomaba como arquetipo de belleza, al que evocaba en ciertos momentos..., cometiendo así con otras mujeres el consabido fraude amoroso.

Para hacerla el amor desde su balcón tomaba Becerril ciertas precauciones, que le dictaba su delicadeza; ocurría que la jamona morena, a quien ya conoce el lector, vecina también frontera, veía desde su casa cuanto Fabián hacía, y aunque desde *aquello* nada había vuelto a tener con el joven, y aun evitaba en lo posible sus miradas, como quien quiere borrar de su memoria una locura, resultábale a él un poco cínica su propia conducta en las barbas de la recién seducida.

Una mañana el hombre madrugó más de lo que tenía por costumbre; la tienda de modas estaba cerrada aún y en lo alto de la terraza la rubia, vestida, contra su costumbre, con un traje obscuro, aparecía muy pensativa, sentada en uno de los bancos de madera que había frente a la casa.

De cuando en cuando se levantaba casi de un salto y daba unos paseítos muy ner-

viosos por la terraza, para volverse a sentar en seguida. Ella, de gestos elegantes y pausados siempre, hacía ahora unas muecas bruscas, que hubiera sido muy difícil traducir.

A Fabián le chocó mucho todo aquello; indudablemente a la rubia guapa le pasaba hoy algo.

Acabó de vestirse de prisa, y, abriendo los cristales del balcón, se instaló en su observatorio.

Ella, al verle, dió un salto más y, bajando muy de prisa las escaleras, abrió la tienda con un llavín; pero antes de entrar se volvió, miró al balcón de Fabián y dedicó a éste una sonrisa, que, traducida al lenguaje de la plaza del Progreso, quería decir:

—¡Valiente primo está usted hecho!

Y se metió en la tienda de un salto.

***

Nunca había pensado Fabián en entrar en una tienda de modas en Biarritz.

El hombre, solo, sin ningún encargo que cumplir ni mujer alguna a quien regalar, ¿a santo de qué había de entrar en uno de esos

estancos de la elegancia, donde un metro de tela es como un pequeño poema?

Pero hoy entraba. ¡Vaya si entraba! ¿A qué? No lo sabía, ni tampoco imaginaba qué era lo que iba a decir para justificar su entrada.

Fiado en la inspiración del momento bajó a la calle, la cruzó y penetró en el comercio, vacío de clientela a aquella primera hora de la mañana. No había en el local más que la rubia y una señorita muy espigada, que acaso fuese hermana suya, y que la ayudaba de ordinario a atender a la clientela.

La rubia, al verle entrar, vino hacia él con toda naturalidad y como si le estuviera esperando.

—¿Qué desea el señor?

—Pues... Buenos días, señorita... Yo quisiera saber...

—Usted dirá.

—Verá usted. Es que tengo que hacer un regalo a una señora, y quisiera que usted me aconsejara.

—¿Qué es lo que quiere regalar? ¿Un vestido? ¿Algún adorno?

—He visto ahí en el escaparate un vestido

salmón, y como a mí me gusta mucho el salmón...

Estaban los dos en un extremo de la tienda; la otra individua, siguiendo la costumbre, al ver que su compañera atendía al cliente, se había desentendido de ellos y se dedicaba, muy atareada, a la mejor colocación de unas telas en uno de los escaparates.

La rubia fué al otro y, tomando de un tirón un vestido, lo presentó a Fabián.

—¿Es éste el que dice el señor?

—Este. ¿Verdad que es precioso?

—Este son setecientos francos.

Becerril, decidido a dar la batalla, buscó por debajo de la tela una de las manos de la dama y la apretó con ansia. Ella no pareció darse por enterada.

—Yo necesito hablar con usted de algo más serio que esto de los trajes.

La rubia miró a su compañera, y, al verla lejos y ensimismada en su labor, dijo a Fabián por lo bajo:

—¡Calle! No sea imprudente... Yo, todas las noches, al cerrar la tienda, salgo a dar una vueltecita por el Port Vieux.

—¡Muy bien! ¡Qué largo se me va a hacer el día!

—Y ahora márchese.

Se despidió con una excusa banal y salió a la calle.

Por miedo a recibir en el transcurso del día alguna seña o indicación que sirviera de contraorden, no volvió Fabián por su casa hasta las siete de la tarde. A las siete y media cerraban la mayoría de los comercios, y el joven, después de pasar por delante de la tienda de modas, fué a sentarse en un banco que había en la placita situada un poco más allá.

Desde allí, magnífico punto de observación, veía a todo el que pudiera entrar o salir de la tienda.

No tuvo que esperar mucho; se había hecho ya casi de noche, y la rubia, saliendo por una de las puertas, la cerró desde fuera con su llavín; en seguida, y trotando como una corza, se metió por una de las escaleras que conducían a la terraza sobre la cual estaba la casa.

—Irá a coger un sombrero—se dijo Fabián.

Pero a los diez minutos, cuando ya el barrio se había quedado solitario, recogido cada ciudadano en su pesebre respectivo para

la comida de la noche, la hermosa rubia volvió a salir a la calle.

No traía sombrero; hacía bien. ¿Con qué artefacto confeccionado por manos humanas hubiera podido cubrir la belleza de aquel casco de oro? Venía envuelta en un abriguito blanco, que hacía aun más airosa su figura y traía a la mano un bastón.

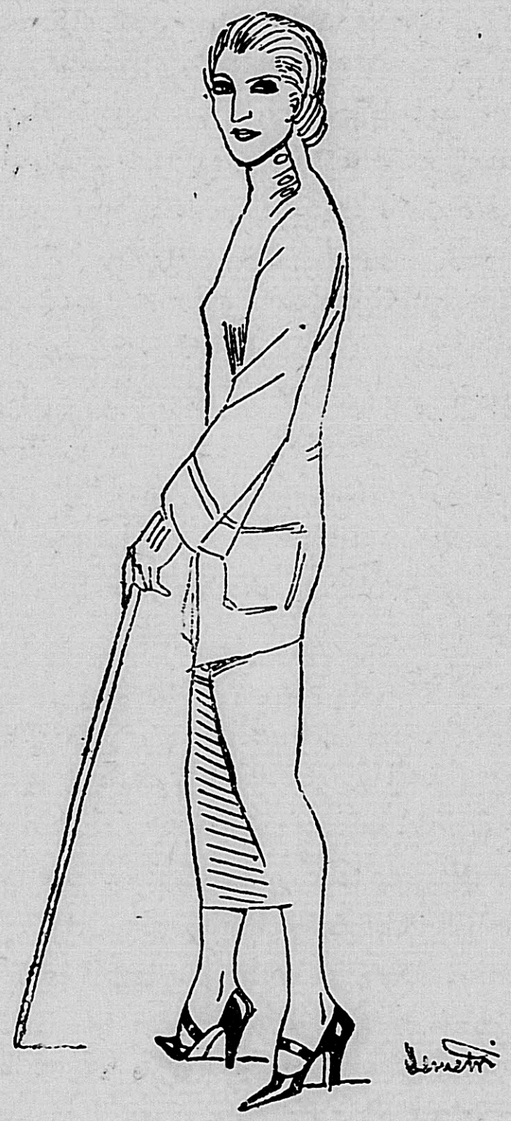
Esto del bastón no pareció a Becerril lo más a propósito para una entrevista amorosa; pero sin duda la bella lo llevaba para tener donde apoyarse.

Pasó por delante de él, y, con la frialdad del gesto, le dió a entender que no era allí donde debía acercarse para hablarla. Siguió al Port Vieux, pasó ante el *Chateau basque,* antigua villa Belza, y siguió andando hacia la costa de los vascos.

Fabián empezó a alarmarse. ¡Dios mío! ¿Querría llevarle aquella señora hasta Guethary para lo del diálogo?

Pero de pronto, hacia la mitad del malecón que conduce a los baños, la mujer se dejó caer contra el muro: estaba esperándole.

No había nadie por aquellos parajes; únicamente un pescador de caña apuraba los últimos límites de su paciencia, que, como la



de Dios, es infinita. Fabián vió en él a un querido colega. Porque él también iba de pesca.

En el cielo, las sombras ocupaban ya mayor espacio que la claridad. El joven se acercó a la dama con timidez.

Se diría que en el aire sonaba una rara música de violines; esa música lánguida que suena siempre en las operetas en situaciones parecidas cuando va a estallar el dúo amoroso.

Aquí el zumbido de las olas no era imitado como en el teatro.

Además, a Becerril le zumbaba todo en el cuerpo.

***

Becerril, como hombre de acción, era poco descriptivo.

Y como tal, era poco amigo de fijarse en paisajes y panoramas; para él el escenario mejor del mundo era una alcoba bien instalada, y el mejor panorama el que se divisaba desde las orillas de una *chaise-longue* bien poblada, mirando hacia adentro.

Pero es que para no fijarse en el panora-

ma que había ahora a las espaldas de la rubia comerciante haría falta padecer de oftalmía.

El lector lo comprenderá en seguida si, no habiendo tenido nunca la dicha de contemplar aquellos parajes biarrotos, oye ahora affrmar que lo más feo que había por allí era la cabeza de la mujer a la que Fabián Becerril venía persiguiendo.

El sol habíase ocultado ya en el horizonte, pero, como era un personaje finísimo, al marcharse había dejado su tarjeta de despedida en forma de franja de suave luz, que festoneaba la unión de la tierra con el mar. Y éste, poniéndose a la altura de las circunstancias, lucía un color tan original y tan fuera de toda paleta, que más bien parecía el de uno de esos chales que se ponen las señoras extranjeras cuando, en un momento de perturbación ovárica, quieren presumir de españolas.

Sirviendo de marco al cielo y el mar estaba el verde de la tierra, salpicado del blanco y el gris de los hoteles, balneario y demás construcciones, que, por surgir casi todas ellas entre verdaderos macizos de verdura, sin que desde lejos se viera el sitio en

que los edificios tocaban a la tierra, parecían flores gigantescas surgidas allí al azar.

Había un ruidillo tenue, que parecía la primera sinfonía de la noche; deteniéndose a analizarlo, se veía que era producido por el templar y rasguear de los instrumentos de cuerda de las orquestas del vecino *Chateau basque* y de alguno de los hoteles del Port Vieux. En rigor, era la primera hora, en que los músicos acababan de comer, y se disponían, mientras se hurgaban la dentadura con un palillo, a atacar el preludio de su programa de toda la noche. Por eso el tal ruido no era una cosa sólida aún, sino más bien un tanteo y, ya se ha dicho antes, un ruidillo.

La suma de todo ello hacía que Fabián Becerril, por aquello de la noche, la ocasión, se acercase a la entrevista de ahora con más emoción que a ninguna otra.

Ni la opulenta morenaza, enferma de amores tardíos, ni las dos niñas, esquivas a un principio y decididas a todo más tarde, le habían inspirado, en los momentos que precedían inmediatamente a los del ataque, una tan sagrada emoción.

Se diría que al acercarse a la rubia tendera de tipo crepuscular iba a perturbar gran-

demente la castidad de una vida, conservada hasta entonces en el seno de todas las purezas. ¡Había sido tanta la seriedad de aquella mujer, aun en el momento mismo de aceptar, de modo inesperado, la aventura que Fabián le proponía!

Parecía ir a ella como resignada, aceptando de antemano lo que el destino le tuviera guardado en el final de su vida de mujer joven.

Y esta actitud a Becerril le sacaba un poco de sus casillas, pues él, en su vanidad de hombre, hubiera preferido que la dama acudiese a la cita, ya que no plena de entusiasmo como en las novelas románticas, al menos con aquella disposición jocunda de la persona que va a satisfacer una gran curiosidad, disposición que luego, a la hora del ataque, se traduce en muy felices invenciones.

La dama parecía triste, como quien siente de antemano un gran remordimiento; miraba a Fabián con unos ojos muy lánguidos, en cuyo brillo apagado parecía deletrearse esta frase:

—¡Y éste es el hombre que desde el balcón parecía querérseme comer con la vista!

Su figura, de mujer desengañada que intenta tal vez el último desengaño, iba muy bien con el paisaje que la rodeaba, en esta primera hora de la noche de otoño anticipado.

También el sol, desengañado de su maridaje con la tierra, apuraba en el crepúsculo su desengaño... Claro que para volver a la mañana siguiente en busca de su amada. Pero esto también pasa entre hombres y mujeres.

¿No?

***

El principio de la conversación fué igual que el principio de estas conversaciones desde que el mundo es mundo.

Ella hacía mal en dar aquel paso; él, seguramente, la juzgaría una loca. ¡Si su marido la viese desde el otro mundo...!

Fabián estaba ya un poco fatigado del mismo disco, y, sobre todo, de tener que hacer siempre las mismas protestas.

—A mí me gusta usted más que ninguna mujer en Biarritz—la dijo, en un tono apasionado que daba miedo—. Y no creo que

cometamos un delito, yo en decírselo y usted en escucharlo.

—Sí, pero ya ve usted; yo soy viuda.

—Lo malo sería que fuera usted casada.

—¡Hace años que no he tenido nada que ver con ningún hombre!

—Entonces es usted casi soltera.

—¡Soy una loca! Yo no sé...

Y era verdad; aquella mujer, con su actitud de incertidumbre, daba la sensación de no saber muy claramente lo que le pasaba.

—Pero ¿loca por qué?

—Ya ve usted.

—Yo no veo nada. Es decir, como ver... podría contestarle con aquellos versos del *Tenorio*:

Veo una noche serena
y un lugar que me acomoda
para gozar...

¿Usted no ha visto el *Tenorio*, aunque sea en francés?

—El *Tenorio*. ¿Y qué es eso?—preguntó la dama, creyendo que el galán le hablaba de alguna obscenidad.

—Pues...

Pero Becerril cortó en flor la explicación. La cosa hubiera sido muy larga; pues, para una francesa, habría tenido que empezar por el *Don Juan*, de Molière, y Dios sabe hasta dónde hubiera llegado.

—No sé por qué las mujeres han de calificar ustedes de locura lo que en todo caso no será más que la satisfacción de un capricho.

—De un capricho loco.

—Ninguno lo es como no sea el del asesinato.

—Sí, pero yo...

—Usted, ¿qué?

—¡Qué sé yo! Que a mí me parece que no hago bien en lo que hago.

—¿A quién tiene que rendir cuentas de su conducta?

—A nadie.

—¿Entonces?... A menos que no haya por ahí algún gallo tapado.

—No. Eso, no.

Al decir esto aquella mujer sonrió por la primera vez en toda la noche.

—Pues, en ese caso, déjese de escrúpulos y a vivir.

—¿A vivir?

—Sí, señora; y en este caso ya sabe usted lo que significa vivir.

—Es usted un hombre de mucho cuidado.

—¿Yo? ¡Pobre de mí! Atrevidillo nada más.

La buena dama miraba al cielo de cuando en cuando, como si buscase una inspiración.

—¿En qué piensa usted?

—En nada concreto.

—No la creo.

—Pues puede creerme.

Y era verdad; como antes se ha indicado, aquella mujer, desde que salió de su casa, decidida no sabía en concreto a qué, estaba como alelada. Su caso era el de una persona que, sumida en plena duda, no sabe lo que le pasa.

Para Fabián la cuestión era otra: él sí sabía perfectamente lo que le ocurría. Y para él, toda mujer a la que no llevase al palomar, aunque sólo fuera para un rato, era un fracaso.

Abordó, decidido, la cuestión. Para ello puso una voz tierna y trémula de barítono, que iba muy bien para completar la seducción.

—¿No le parece que no estamos bien aquí, al aire libre?

—Sí, pero...

—Puede pasar alguien y verla; y, además, como la noche viene fresca, podemos pescar un catarro.

—Eso sí.

—Ya sabe usted que a la orilla del mar siempre se pesca algo.

Al decir esto había llevado una de sus manos a la cintura de ella; mejor dicho, a ese sitio donde la cintura deja de serlo para convertirse en región orográfica.

—¿Por qué no subimos un rato a mi casa?

—Si viera usted que me da miedo...

—¿Miedo de qué? ¿Cree usted que soy algún pariente de Landrú?

—No, pero ya ve usted; enfrente de casa. Si me ve entrar o salir algún vecino...

Estuvo a punto de replicarle una cosa que hubiera quizá estropeado el asunto:

—¡Los vecinos! Uno de ellos, la jamona morena, no podrá decir nada.

Pero no lo dijo. Lo que sí dijo fué:

—No tiene por qué verla nadie. A mi casa se puede entrar dando la vuelta por el callejón de la espalda; y lo que es allí, a estas ho-

ras, le aseguro que no hay alma viviente.

—Otro día, ¿no?

—¿Cree usted que, después de lo que llevo esperando, debo esperar todavia un día más?

—¿Es que...?

Abreviemos, lector; la rubia pidió una tregua de dos horas, que le fué concedida; al cabo de ellas, o sea a las diez en punto, Fabián, desde su balcón, del que no se había movido en todo aquel tiempo, la vió cruzar la calle muy de prisa, como la doncella que acaba de echar un chico a la Inclusa y sale huyendo para que no la descubran.

Salió a recibirla a la escalera.

—¿Ve usted cómo no la ha visto nadie?

—¡Qué sé yo! ¡Estoy más nerviosa!

En aquella entrevista Fabián, a quien le seguía pareciendo mentira que aquella mujer que tenía entre sus brazos fuera la misma a quien había visto subir y bajar tantas veces las escaleras de la casa frontera, como se mira una ilusión inaccesible, no disfrutó de aquellos ímpetus, de aquellos arrebatos nerviosos que le proporcionaron, por ejemplo, las dos señoritas amigas o el fuego mismo de la jamona que tenía al marido en Burdeos.

Fué una noche plácida; pero no por ello menos grata. Aquella mujer parecía poner en el fondo de su amor una gran dosis de melancolía; se hubiera dicho que para ella aquella aventura imprevista, pero en la que tanto había pensado, era como la despedida de todo un mundo de caricias, del que ya se había creído desterrada desde hacía unos años.

Fabián, por su parte, pasó la noche entera con la boca y las narices completamente sumergidas en aquella masa de cabellos de caoba con incrustaciones de oro. Y nunca su medula se conmovió tanto.

Sin grandes sacudidas, sin esos espasmos que casi bordean la tragedia, el joven fué saboreando el perfume de aquellos cabellos, en los que parecía haberse refugiado toda la juventud de su dueña. Porque el cuerpo, ágil, flexible, tenía ya flacideces imperdonables. Era un cuerpo para verlo vestido.

Pero aquel perfume capilar... Una semana más tarde aun lo tenía Fabián metido en las narices y en las fauces.

***

Había pasado otra semana más.

En total, quince días desde que Fabián había tenido el gusto—en todos los sentidos de la frase—de relacionarse íntimamente con la rubia comerciante que vivía frente a su casa.

Y al cabo de esos días Becerril estaba intrigado. Porque resultaba que en todos ellos, y a partir precisamente del momento en que la rubia crepuscular le honrase visitando su palomar, él no la había vuelto a ver, ni en el diseño fugitivo de su sombra.

En vano miraba para la tienda, o para las escaleras que desde ésta conducían al domicilio de la hermosa; podía decirse que el tiempo que estaba en su casa, Fabián Becerril no miraba para otra parte.

Y nada. Ni rastro.

La cosa era tanto más rara cuanto que antes no pasaban diez minutos sin que la rubia adorable se dejase ver; pero desde que había salido del domicilio de Fabián, su figura humana había desaparecido.

Indudablemente aquella mujer, o se había marchado de Biarritz, o estaba gravemente enferma. Ambos términos del dilema preocupaban a su galán de unas horas.

Porque si se había marchado de Biarritz

a las pocas horas de salir de su casa, era indudablemente huyendo de él, pues de haber sido el suyo un viaje de otra índole, se lo habría manifestado al que durante unas horas había sido su confidente más íntimo.

Y si estaba enferma y recluída por ello en su casa, ¿no podría ser el propio Fabián el causante de aquella enfermedad?

Becerril, como todo hombre de agilidad mental, se sentía con bastante frecuencia atormentado por ideas obsesivas: obsesiones que revestían mayor o menor intensidad, según el estado de pureza de sus órganos digestivos y el funcionamiento de su hígado; pero que nunca llegaban a tener fuerza bastante para influir en su conducta.

Y la obsesión que ahora le atormentaba era la siguiente:

La rubia había desaparecido de Biarritz; y como esta desaparición había tenido lugar a raíz de su salida del palomar de Fabián Becerril, la Policía, indagando, oliendo como era su obligación, llegaba a la conclusión de que era el joven español el autor de aquella desaparición misteriosa.

Y Becerril, en su seudodelirio obsesivo, recordaba el caso de Landrú.

Era idéntico al suyo. La Prensa, puesta en campaña y también cumpliendo con su deber, daba aire al asunto, y al empuje de ese aire salía a relucir—ayudando, como es natural, el chismorreo de los vecinos—que el tal Becerril era un sátiro profesional, que recibía a diario muchas mujeres en su casa, algunas de las cuales habían desaparecido del planeta.

Esto último era algo hiperbólico, pero si le quitamos la hipérbole a todos estos relatos, queda muy poca cosa; de todas las mujeres que habían ascendido hasta el palomar, la única que realmente había desaparecido, no del planeta, sino del departamento de los Bajos Pirineos, era aquella profesional del amor callejero de que se ha hecho mérito en la infancia de esta verídica narración. Su huída, que no tenía nada de común con la huída a Egipto, había sido para no pagar el hotel ni los múltiples acreedores que dejaba en la ciudad del faro.

Un crimen más sobre la conciencia de Fabián; pero hay que convenir en que esto era menos grave que lo de los asesinatos.

***

Fabián, en su refugio del palomar, hacía algo más que cultivar el verbo querer en su acepción material, aunque otra cosa sospechen algunos lectores, influídos por la prepotencia viril de los protagonistas de las novelas eróticas.

Y una de las otras muchas cosas que hacía era soñar.

Una noche tuvo un sueño que vamos a referir al lector, y después nos vamos a permitir la audacia de interpretar, con arreglo a las teorías de Freud, ahora que están de moda las concepciones del sabio catedrático vienés, que, hartas de rodar por el mundo, han llegado a conocimiento de nuestros literatos y ensayistas cuando alguien — y muy bien por cierto — se las ha servido traducidas al español.

Fabián, metido en la cama con un pijama muy ceñido, solo en el lecho por un acaso de la vida, y acostado sobre el lado izquierdo, soñaba lo siguiente:

Era de noche y él estaba en una habitación muy dorada, cuyas paredes, lejos de ser espesas, estaban formadas por unos barrotes, a través de los cuales se veía un espacio azul, sumamente agradable de contemplar.

El reposaba en un lecho que, como el primitivo de Enrique IV que se admira en el castillo de Pau, era una gigantesca concha, pero no de tortuga, sino de almeja gigantesca.

De pronto sonaba el timbre de un teléfono que tenía instalado a la cabecera del lecho y dentro de una pecera llena de agua, pero sin peces. Fabián acudía a la llamada.

La persona que le llamaba era una mujer rubia, con un ligero balbuceo en la voz, que no llegaba a la tartamudez y que resultaba francamente agradable. El diálogo que se entabló, y que duró hasta que la Central cortó la corriente—como si aquello no hubiera sido un sueño—, fué el siguiente:

—Alló... Alló...

—Al habla.

—¿Estoy hablando con don Damián Toril?

—Exactamente.

—Aquí yo.

—¡Ah!

—¿Me conoce?

—Mujer, ¡por Dios! ¿Me voy a olvidar tan pronto de ti?

—Te hablo desde arriba.

—Ya.

—Y quiero decirte lo que ha sido de mí en todos estos días que no nos vemos.

—Te lo iba a preguntar ahora mismo.

—No creas que he salido huyendo.

—Pues lo parecía.

—Y tengo aún la cabeza sobre los hombros.

—Pues yo por poco pierdo la mía por culpa tuya.

—¡Tonto!

—Como quieras.

—Me he marchado porque tenía que marcharme; estoy aquí, pero volveré.

—¿Cuándo?

—En seguida. Pero no me esperes.

—¿Por qué?

—Porque, aunque volveré, no volveré para ti.

—¡Hola!

—No.

—¿Qué quejas tienes en contra mía?

—Ninguna. Por eso no quiero volverte a ver.

—Está bien. Entonces, ¿puedo subir el alquila?

—¡Ah! Pero ¿no lo habías subido?

—Te juro que no; desde que tú te fuiste,

en el palomar no ha entrado ni una cucaracha.

Al llegar a este punto del diálogo, la dama rubia lo interrumpía y, armada de unas tijeras, pero en actitud completamente pacífica, iba avanzando lentamente, como las mujeres que andan sobre las aguas de los lagos, hasta llegar a la boca de Fabián, en la cual depositaba un beso del tamaño de una ensaimada.

Volvía a retirarse por el mismo camino que había traído, y reanudaba el diálogo:

—¿Sigues llevando el rostro afeitado?

—Mujer, ¡en quince días no me va a haber crecido barba corrida!

—Me alegro.

—Pero ¿por qué me lo has preguntado?

—Porque el afeitado será tu salvación.

—Más vale así.

—¿Me ves bien?

—Como si te tuviera otra vez delante.

—Mírame bien ahora, porque luego, aunque me veas, no me verás.

—Ya veremos.

—Cuando yo te lo digo... Para evitarlo me cubriré con muchos trozos de tela.

—Eso a mí me es igual, porque yo tengo el medio de descubrirte.

—¿Cuál?

—Pues el de...

Y al llegar aquí se cortaba la corriente y el sueño, o, por lo menos, lo recordado de él.

A la mañana siguiente Fabián Becerril despertó con un desagradable olor de boca, que le obligó a duplicar su ración casi diaria de sales de frutas.

Si algún lector encuentra demasiado incongruente el relato que le he servido del sueño de Fabián, le responderé lo que Yago a Otelo en circunstancias parecidas:

—Yo no he contado más que un sueño.

Escarbe en sus recuerdos el lector y dígame si no ha soñado mil veces cosas harto más extravagantes.

Además—y aquí de Freud—, lo que yo he narrado es el contenido manifiesto del sueño. Quedan ahora las ideas latentes, es decir, lo que de las brumas del subconsciente se disfraza para pasar a la plena luz de la conciencia.

Si lo que soñamos no es más que un índice borroso y mal compuesto de lo que piensa el inconsciente, allá va, lector, una traduc-

ción de lo que Fabián Becerril soñó aquella noche, y Cristo con todos.

***

Empecemos por el principio y ayudémonos, como es de necesidad, con el simbolismo propio de todos los sueños.

Fabián estaba en una habitación de paredes formadas de barrotes: los barrotes forman de ordinario las paredes de una jaula, y entre una jaula y un palomar no es grande la diferencia. A través de esos barrotes se veía un espacio azul muy agradable de contemplar: ello hacía referencia a las muy buenas vistas femeninas que, según se dijo, tenía la estancia de Becerril por cualquier lado que uno se asomase.

La gigantesca almeja que servía de lecho a nuestro amigo era una alusión clarísima al fin erótico a que de ordinario destinaba él aquel su lecho de soltero; pues es sabido que en el simbolismo de los sueños una de las muchas representaciones del órgano sexual de la mujer es la concha. *Passons.*

Suena el teléfono. Ello indica que la persona que desea hablarnos está ausente, pues

con las personas que se hallan a la vista de uno no es costumbre hablar por teléfono. Pero esa persona, aunque lejos, no estaba separada por el mar, aunque sí por el agua de varios ríos; por eso el teléfono aparece instalado dentro de una pecera llena de agua, pero sin peces.

Se dirá que en los ríos también hay peces; pero... si empezamos con exigencias lógicas, no podremos interpretar ningún sueño. Aparte de que los peces de río no son unos peces serios.

La que llamaba era una mujer rubia; esto no creo que necesite demostración: es uno de esos momentos en que la idea latente y el contenido manifiesto del sueño se confunden. El balbuceo al hablar hace alusión a las dudas que asaltaban el espíritu de aquella mujer cuando se entrevistó con Fabián en el muro del Port Vieux.

Y llegamos al diálogo. El llamar Damián Toril a nuestro héroe no era más que una asonancia, muy frecuente en los sueños; después de todo, para un Becerril no viene mal un Toril.

Ella no da el nombre y él, sin embargo, la conoce. ¿Por la voz? No, no es eso; es que

conocer, en sentido bíblico, significa yacer con; y Fabián había yacido con aquella apetitosa mujer.

—Te hablo desde arriba—le dice ella.

Cuando el lector sepa dónde había ido la rubia, comprenderá que, geográficamente, aquella localidad está arriba de Biarritz.

—Y tengo aún la cabeza sobre los hombros—afirma ella después.

Ello quiere decir:

—Ya sé que has pensado en Landrú a propósito de mi desaparición misteriosa; pero conste que a mí no me ha separado nadie la cabeza del tronco, es decir, nadie me ha matado.

—Pues por poco pierdo la mía—replica él.

Aparte expresar así el disgusto que la marcha de ella le produjo, hay que apelar aquí una vez más al simbolismo sexual: pierdo la cabeza quiere decir: sufro la castración, y con ello expresa Fabián la idea de que desde aquella noche él no ha vuelto a tener trato con ninguna mujer.

—Volveré, pero no para ti.

Después verá el lector hasta qué punto esto se cumplió.

El punto culminante del sueño, el momento que más expresa, es aquel del avance de la dama rubia hasta dar un beso a su galán y retirarse después. Cuando ya le ha anunciado el término de sus amores, viene hasta él y le besa; aquí el simbolismo toma unos caracteres poéticos, que llegan a provocar el ahogo; no siempre que dos amantes se separan es porque se ha acabado en ellos el amor.

Y aparece luego el que podríamos llamar complejo sádicomasoquista de Landrú:

—¿Sigues con el rostro afeitado?

Ello quiere decir:

—Tú, fascinador implacable de mujeres, no te diferencias de Landrú más que en que éste llevaba una barba del tamaño de un felpudo, y tú vas afeitado como un actor.

Lo de los *trozos de tela* se verá en seguida lo que quiere decir.

Y para completar este trabajo interpretativo, será bueno copiar el siguiente suelto, que apareció aquel mismo día en *La Gaceta de Biarritz*:

"Ha regresado de París la célebre *couturier* de Biarritz madame Sebille. El objeto de su viaje ha sido adquirir los últimos mo-

delos de la próxima temporada de otoño, que este año se presenta en nuestra playa excepcionalmente animada."

Madame Sebille era la rubia vecina de Fabián, y ese suelto explica lo de las tijeras, lo de los trozos de tela y algún otro pormenor del sueño.

Al día siguiente, desde el balcón del palomar, Fabián vió a su amada en su tienda, como siempre; ella no le miró ni una sola vez. Y por más que él hizo en días sucesivos por acercarse a ella, nada consiguió.

La rubia parecía no darse cuenta de la existencia de su vecino. Se cumplía así la profecía del sueño:

—Aunque me veas, no me verás.

Becerril, cansado, tuvo que abandonar el campo.

Y así terminó aquella aventura freudiana de Fabián.

***

Durante todo el verano el pollo Becerril venía notando que, a veces, en las salas de los casinos, al volver la esquina de una calle o en los momentos extáticos de la playa,

unos ojos se le quedaban mirando con curiosidad.

No he dicho que estos ojos eran femeninos, pero ya el lector se lo habrá figurado.

Si Fabián Becerril fuera un petulante, como lo son hoy día el noventa por ciento de los hombres, ante la mirada insistente de aquellos ojos y ante todo lo que aquel verano le venía ocurriendo en el capítulo de la voluptuosidad, se habría creído dotado de un extraño poder de atracción para las mujeres.

Pero Becerrril, a más de un estómago privilegiado, poseía una dosis de buen sentido, que era su gran defensa en la vida. El uso de ella le hizo valorizar en su justa medida cuanto en aquella temporada le venía ocurriendo en orden a las señoras.

Nada de seducciones donjuanescas, nada de caídas de ojos que asesinan; la curiosidad de la mujer, unida a cierta seguridad de que todo iba a quedar en el mayor secreto, fueron las dos causas que llenaron de palomitas el palomar, para regocijo del palomo torcaz que en él pasaba el verano.

¿Qué fué más que curiosidad de ver de cerca cuanto venía viendo a distancia y a

trozos, lo que impulsó a la jamona a cruzar la calle y caer en los brazos del vecino?

En cuanto a la parejita de jóvenes amorosas, no se trataba más que de añadir un capítulo a unas memorias que estaban escribiendo en comandita y que, desde que estaban en Biarritz, contra lo que ellas habían esperado, tenían casi todas sus páginas en blanco.

La razón sentimental que movió a la primera mujer que subió al palomar con Becerril, aquella profesional cazada a lazo una noche en la calle de Mazagrán, era menos complicada: se trataba de un billete de cincuenta francos—con el cambio, unas veintidós pesetas—que el joven depositó en sus manos con toda delicadeza.

El caso de la modista era otro; pero tampoco obra de la seducción personal. Aquella mujer, guapa todavía, pero de tipo nada propicio a ser acosada por los hombres, se dió cuenta, al verse adorada un día y otro por Fabián, de que ella, como mujer, aun podía hacer cosas en el mundo.

Aún, pero acaso ya no dentro de poco. Fué un movimiento instintivo, que la impulsó a aprovecharse de aquella adoración de

que era objeto, y que para ella venía a ser como la piedra de toque de su valor como mujer.

La mañana en que Fabián la vió dando paseítos por la terraza y haciendo gestos nerviosos, estaba la espléndida rubia como fruto de sus pensamientos repetidos durante varias semanas, en un estado de excitación puramente sensorial, que nada tiene que ver con lo que llaman lujuria femenina los literatos y los conquistadores de la edad del pavo.

Es lo que se llama el cuarto de hora de la mujer, y que no es más que una combinación de la voluntad con ciertos fenómenos premenstruales. Cualquier hombre que, no siendo un adefesio, se hubiera acercado aquel día a la rubia con cierta dosis de atrevimiento, habría obtenido el mismo éxito que Fabián; fué él el que se acercó, y para él fué la presa. Su encanto varonil había puesto muy poco en la partida.

Todo esto lo veía Becerril con una claridad que le ponía un poco aparte del común pensar de los hombres. Sabido es que éstos, siempre que logran llevar una señora a las márgenes del *bidet*, creen en un caso de ava-

sallamiento estético y en un tributo rendido a su propia belleza.

En este caso de ahora, en el de aquellos ojos femeninos que le contemplaban por doquier, Fabián estaba a punto de caer en la presunción tan común a los varones. Era mucha insistencia.

Y el joven no hacía más que preguntarse:

—¿Dónde he visto yo esta cara?

Porque de que la había visto en alguna parte antes de ahora no le cabía duda.

Pronto iba a resolver la incógnita.

***

Una noche, avanzado ya septiembre, Fabián fué al Casino municipal, cuya compañía de ópera representaba *Thais*.

Y una de las primeras personas que vió en el primer salón esperando para entrar en el teatro fué su... adoradora.

Era rubia también, y, sin ser una belleza de concurso, era una mujer a la que se podía hacer un favor.

En uno de los entreactos ella y él se encontraron juntos en la sala de lectura; ella pidió un periódico que él tenía sujeto con



los codos, y él, al dárselo, se creyó en el deber de entablar conversación.

—Por lo que veo, es usted muy aficionada al teatro.

—Pues usted no se queda atrás.

—¿Qué prefiere usted? ¿La ópera o la comedia?

—El benedictino.

—Pues si usted me lo permite, la invito a unas copas en el café.

Y al café fueron; a aquel café del Casino municipal, que parecía el patio de una gran casa andaluza.

El lector comprenderá que una conversación iniciada así tenía que terminar en una completa inteligencia, para apreciar los hombres y las cosas. Quedó convenido que, al terminar *Thais,* ambos a dos tomarían un coche y se marcharían... donde ella quisiera.

Aquella mujer, que no era más que una buscadora de bolsillos, aceptó, complacida, todas las soluciones.

En el curso de la conversación, la dama rubia miraba a su interlocutor entre maliciosa y ofendida; en la sonrisita que seguía a cada una de sus miradas, parecía expresarse algo así como esto:

—¿Pero es posible que este hombre no se acuerde?

La señora, que tenía nombre de *foxterrier* —se llamaba Pierrette—, penetró en el palomar con la misma naturalidad con que un atacado de cistitis penetraría en uno de los evacuatorios de la Puerta del Sol. Perdón por la comparanza, pero no se me ha ocurrido otra más gráfica.

Pierrette, como esos ciegos que han aprendido a domesticar sus sentidos intactos para que suplan al perdido, andaba por las diminutas estancias con la sagacidad con que el Sr. Gasset andaría por el Ministerio de Fomento, que ya ha desempeñado diez y ocho veces.

Necesitó desaguar su vejiga, y no tuvo que preguntar dónde tenía que hacerlo. Fabián, un poco intrigado al verla andar por allí como por su propia casa, no se atrevió a decirla nada.

Ella fué la que habló.

—¿No te metes en la cama?

—Me parece un poco temprano.

—Yo voy a desnudarme aquí, detrás de este biombo. Haz el favor de no mirar.

—Bueno, mujer.



Becerril sentóse en una silla, y se quedó mirando al biombo de tres hojas, emplazado ante uno de los diedros de la estancia y en cuya triple cara estaba dibujado el faro de Biarritz en tres *posturas* distintas.

Porque Pierrette le había pedido que no mirase al lado de allá del biombo, pero no al lado de acá. Y él tenía ya verdadera curiosidad por ver cómo era el cuerpo de aquella mujer, que, visto con las ropas, parecía tan brillante como el de Alabarderos.

Hubo un momento en que Fabián Becerril creyó soñar; porque sueños nos parecen siempre las evocaciones inesperadas que reproducen con demasiados detalles nuestros recuerdos. Atento al menor ruido que se produjera tras el biombo, extrañábale un poco el excesivo tiempo que aquella socia empleaba en desnudarse, ya que la mujer moderna, para quedarse como su mamá la echó al mundo, no necesita más que soltarse un corchete y un botón.

¿Qué hacía, pues, Pierrette tanto tiempo tras aquella muralla de tela? Pensando en ello estaba, cuando, por encima del biombo, vió alzarse un brazo desnudo, ebúrneo, ma-

cizo, que hubiera hecho la felicidad de un salchichero.

¿Dónde había visto él aquel brazo?... Porque era aquel mismo, y no otro igual.

La respuesta se la dió la realidad de un modo cumplido. La cabeza de la rubia, sola como una cabeza parlante, se asomó por encima del trasto. Y Fabián, que estaba harto de contemplar aquella testa por doquiera desde hacía más de un mes, sólo ahora cayó en la cuenta de que su conquistadora era su antecesora en el disfrute del palomar.

—¿Pero es usted?

—¡Claro! *Espèce de cretin!*

Que en francés quiere decir: "¡So pasmao!"

***

Becerril notó que se merecía con toda justicia aquel calificativo de cretino.

¿Cómo no había reconocido antes en aquella mujer a su antecesora en el disfrute del palomar?

Porque no era una mujer vulgar, de esas que, por entrar muchas en un pelotón, necesitan una marca especial para distinguir-

las unas de otras. Esta de ahora, con su tipo algo percherón, sus brazos y piernas musculosos, y su aire decidido, era una hembra con personalidad propia, una de esas profesionales de la lascivia que hacen las delicias de los amantes de las vejaciones masoquistas.

Fabián ya, por lo pronto, sentíase humillado por ella en su perspicacia.

—¿Tú sabías que yo era el que tomó este cuarto cuando tú le dejaste?

—Naturalmente. Desde que te vi la primera vez en la calle te reconocí.

—Pero si no me viste más que un momento aquella tarde.

—No importa; yo a la persona que veo una sola vez ya no la olvido nunca.

Luego él era un bruto, o, por lo menos, un aturdido, que había necesitado verla ahora en la misma actitud y situación de entonces para reconocerla.

—Oye, ¿sabes que tienes unos brazos preciosos?

—Ya lo sé.

—¿Ah, sí?

—¡Claro! ¿O crees tú que yo no me miro al espejo?

Y en verdad que los brazos eran la per-

sonalidad completa de aquella mujer. Brazos admirables, que cuando se pusieran a repartir tortas con algún motivo serio, debían asemejarse mucho a las aspas de un molino, sólo que ebúrneas y bien torneadas.

—Yo no sé cómo no me he fijado antes. Cuando te veía por ahí me fijaba en tus ojos, como queriendo recordar algo a la luz de ellos; pero no: han sido tus brazos, la sola contemplación de uno de ellos, lo que me ha hecho recordar.

—Los hombres sois muy raros.

—Yo no veo en esto mío rareza ninguna.

—¿Te parece poco raro eso de adorar a una mujer por sus brazos?

—¡Bah! Otros las adoran por otras cosas peores.

—Eso sí; yo tuve un amigo que estaba enamorado de mis orejas. Todo lo demás de mi cuerpo le tenía sin cuidado, y cada vez que me veía me atizaba en ellas unos mordiscos que estuve mucho tiempo sin poder usar pendientes.

—Es que tus orejas tampoco son ninguna tontería.

Y Fabián hizo un movimiento con la boca, como iniciando un mordisco.

—¡Cuidado, eh!

—¿Tú has visto nada más diminuto y al mismo tiempo más fuerte?

—Lo que he visto es que yo tenía estas habitaciones más limpias de lo que las tienes tú.

—Será porque yo he recibido más gente —dijo Becerril con cierta ironía.

Y sobre esto se quedaron dormidos.

Eran las tres de la mañana. En la puerta del piso resonaron unos golpecitos, y en la escalera de la casa se oyeron unos pasos cautelosos.

Se despertaron los dos a un tiempo.

—¿Has oído?—dijo ella con angustia.

—Sí, amor mío; pero no temas. Aquí estoy yo contigo.

Volvieron a llamar a la puerta.

—¿Qué hacemos?

—Voy a levantarme.

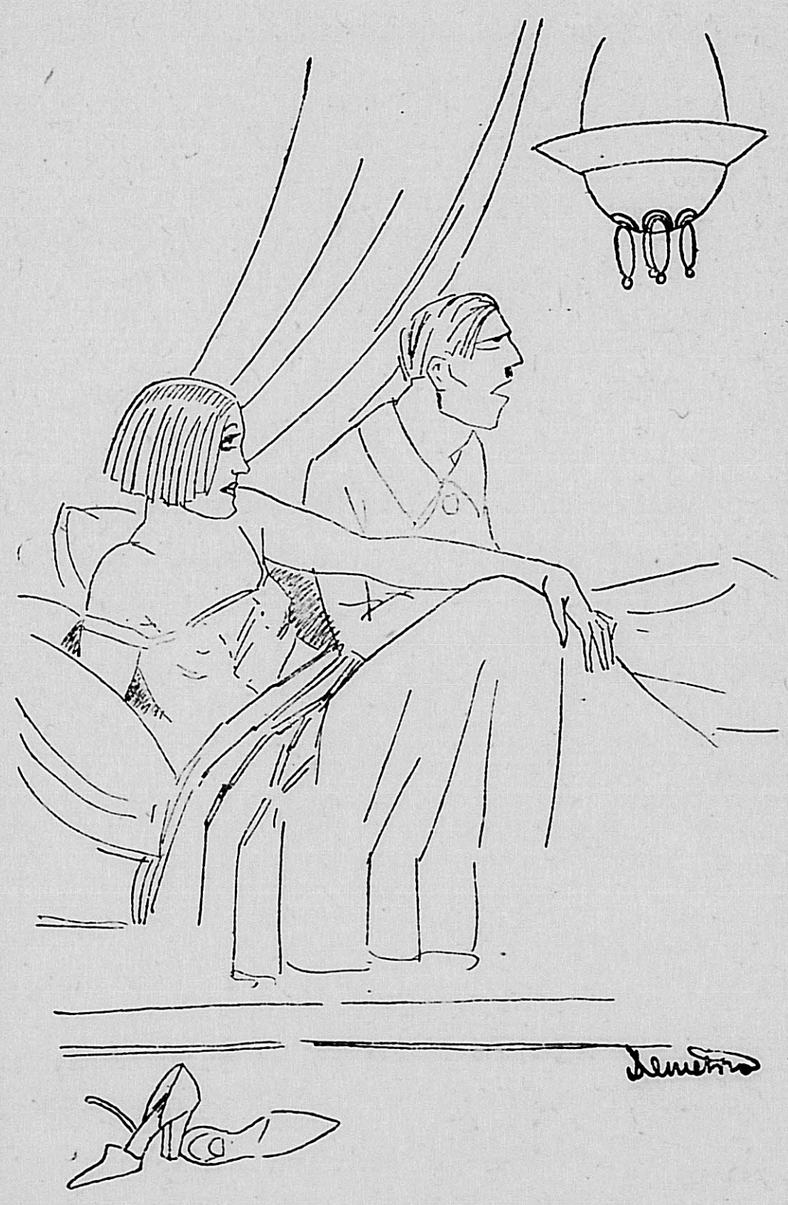
—Pregunta quién es.

Y Fabián, medio incorporado en el lecho, lanzó al aire la clásica pregunta:

—¿Quién va?

El grito cayó en el vacío.

Fabián, para llevar la paz al ánimo de



Pierrette, y también al suyo propio, dijo, medio ahogándose:

—Debe ser alguno que se haya equivocado de habitación.

—Eso no me tranquiliza lo más mínimo.

—¿Por qué?

—Porque... En la casa en que yo vivía, en París, hace dos años, una noche, un asesino se equivocó de piso, y en vez de matar a un notario que vivía en el segundo, subió unos escalones más y mató a una pobre vieja que vivía sola en el tercero. Se había equivocado de piso.

—Bueno; es que en París ¡pasa cada cosa!...

Al decir esto, Fabián ya estaba en el suelo; sin atreverse a encender la luz, había ido a tientas a uno de los cajones que había en el muro, al lado del espejo, y había sacado un revólver.

—¿Qué haces?

—Armarme, por lo que pueda ocurrir. Ya tengo aquí el revólver.

Al ir, despacio, hacia la puerta de entrada, Fabián iba pensando en lo negro de su estrella. ¿Qué era aquello? ¿Algún apache, chulo de Pierrette, que al verla entrar allí

con un hombre venía a reclamar su participación en los beneficios? Y ¿por qué no había de ser todo aquello una encerrona preparada de acuerdo con la pérfida?... Fuese lo que fuese, Fabián vió con pena que en aquel su palomar también entraban los gavilanes.

—Oye — preguntó ella en voz baja —, ¿cuántos tiros tiene el revólver?

—Cinco nada más.

—No le vayas a disparar los cinco. Bastará con que tires uno al aire, para asustarle.

—Eso es cuenta mía.

Con una mano había agarrado el cierre de la puerta y con la otra empuñaba el revólver. Felizmente—un refinamiento más del palomar—, la luz de la escalera se podía encender desde dentro del piso, gracias a un interruptor colocado junto a la puerta. Fabián, después de haberlo hecho girar, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Arriba las manos! ¡Arriba las manos, o disparo!

Sentía toda esa heroicidad forzosa del hombre que se sabe contemplado por una mujer, a la cual, además, tiene que salvar con su heroísmo. De un empujón abrió la



puerta, y encañonó el revólver en dirección al vacío de la escalera.

La hoja tropezó con un cuerpo duro y pesado que aparecía tendido en el suelo.

—¡Ah, vamos! Se trata de un borracho, o, por lo menos, de uno que quiere hacérselo.

Miró al suelo con mayor fijeza, y estuvo a punto de caer de espaldas; tal fué el topetazo que recibió de improviso y que, haciéndole caer el revólver de la mano, le dejó indefenso.

El bulto negro, lo que fuera, hombre o fantasma, penetró en la casa como un torbellino y se fué derecho a la alcoba. Fabián, repuesto a medias de la sorpresa, volvió a coger el revólver y se dirigió tras la sombra intrusa.

En la alcoba se oían unas carcajadas de Pierrette y unas exclamaciones regocijadas:

—¡Hola, *Vulcano!* ¿Pero eres tú? ¡Buen susto nos has dado! ¡Ven acá, *Vulcano!*

¡Aquella mujer era una cínica! Y además, bautizaba a sus amantes con nombres mitológicos.

—¡Arriba las manos!—entró Fabián gritando en la alcoba.



—Querrás decir arriba las patas—dijo ella, sin cesar de reír.

Porque *Vulcano* era un magnífico perro de Terranova, de rostro más expresivo que el de la mayoría de los literatos.

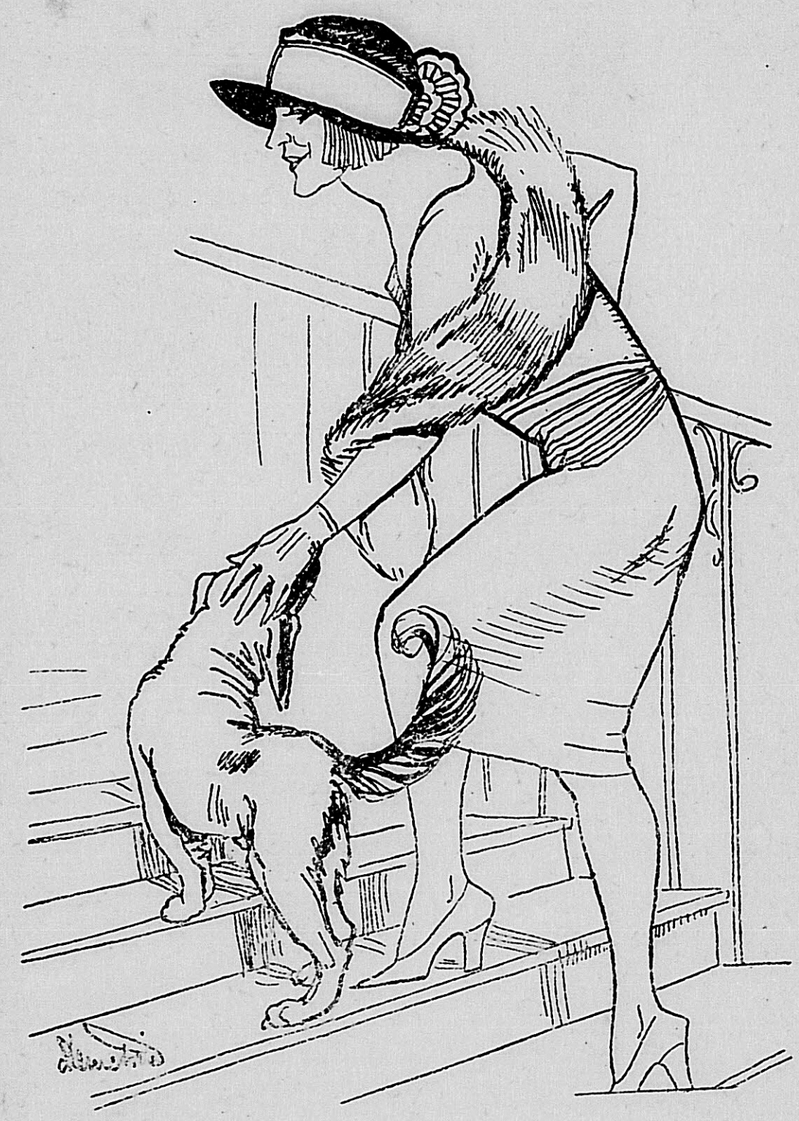
*
**

La historia no podía ser más simple, si es que aquello merecía el nombre de historia.

Pierrette, entre sus amistades de aquel verano, había hecho la de un magnífico perro de Terranova, huérfano de padre y madre, propiedad de uno de los bañeros del Port Vieux; el animal era un poco bohemio, y la dama, en fuerza de convidarle a pasteles y a terrones de azúcar, había logrado que la acompañase muchas veces en sus paseos solitarios por los alrededores de Biarritz, y hasta que subiese a su casa, cuando la rubia vivía donde ahora Fabián Becerril.

Muchas noches, cuando la dama no había encontrado cliente propicio a gozar por unas horas de sus encantos, guardaba al perro con ella hasta el día siguiente, acostándolo en su propio lecho.

—Es el parroquiano más limpio que ten-



go—decía, en sus confidencias a las amigas—. Ni me pide dinero, ni gasta un número exagerado de toallas.

El animal, al ver que su amiga se había marchado de la casa, anduvo unos días cabizbajo. Rondó la casa en distintas ocasiones, y en más de una, al ver entrar en ella a Fabián, le lanzó una mirada de odio equivalente a un mordisco.

En la noche de hoy quiso la casualidad que, como pasara *Vulcano* por las cercanías del palomar, el olfato le delatase la presencia en él de su antigua amiga. La puerta que daba a la calle permanecía siempre abierta; en el *dancing* del piso bajo había dejado ya de sonar aquel lamento monocorde al que hoy llaman música en los sitios de diversión, y el animalito, acariciado por la soledad y el silencio, tomó escaleras arriba, en busca de una ilusión.

Lo demás ya lo sabe el lector.

Fabián Becerril se enteró de la insignificante historia, porque Pierrette tuvo la sinceridad de contársela, entre risas, y abrazada al cuello del can. E hizo más: le propuso acostarse los tres en el mismo lecho, garantizándole sensaciones desconocidas.

La ira del joven estalló. ¡No! ¡Ya era demasiado! Desde su llegada a Biarritz había dormido con unos caballos—recuerde el lector su primera noche—, con un hombre que hablaba tres lenguas, con una tabla de la plancha y con una colección de mujeres que más tenían de gallinas que de compañeras del hombre.

¡Y ahora se quería que durmiese voluptuosamente con un perro!

Era demasiado. Ya sabía él que algunos emperadores romanos lo habían hecho; pero... eran otros tiempos y otros perros.

El creía vivir en un palomar, pero no en un parque zoológico.

Comunicó a Pierrette su indignación, y la muy perra dijo que ella pasaría allí toda la noche con *Vulcano* y no saldría de la casa hasta que no fuera de día. Fabián, como en la tarde aquella en que le visitaron las dos amiguitas, la rubia y la morena, tuvo que convertirse en espectador del placer ajeno, y, sentado en una silla, admirar durante unas horas cuánta semejanza hay entre el hombre y el perro en muchos actos de la vida.

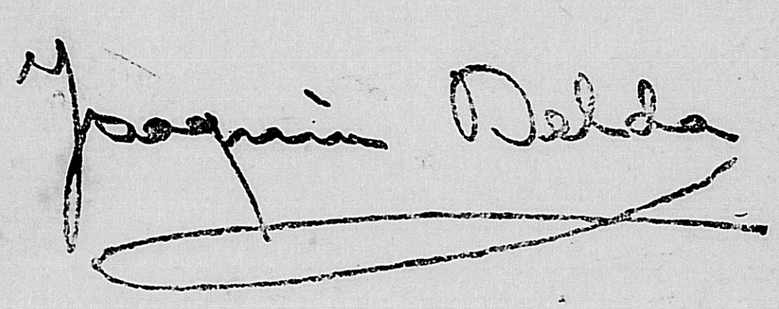
Al marcharse, Pierrette tuvo para el jo-

ven esta frase, que puede muy bien figurar en una colección de las de Stendhal:

—Yo creí que eras un hombre de mundo. El perro es el mejor amigo del hombre, y, por lo tanto, hace con la mujer lo que hacen los amigos del marido.

Fabián se fué de Biarritz a los pocos días. El siempre había creído que aquélla era la playa del amor, pero no creyó que fuera tanto.

Las pocas noches que pasó aún en el palomar soñó repetidas veces que le daban morcilla. Y se despertaba sobresaltado, dando unos grandes ladridos.



Biarritz, verano de 1923.

EN NUESTRO NÚMERO
PRÓXIMO PUBLICAREMOS

Relato inmoral

POR

W. FERNANDEZ FLOREZ

ILUSTRACIONES DE
:=: CHI CHI :=:

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los dias, novela (tercera edición).
«*Volvoreta*», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).
Silencio, novela (segunda edición).
Las gafas del Diablo, (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, **4 pesetas.**

OTRAS OBRAS:

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, **4 pesetas.**
El hijo legal, por Artemio Precioso, **4 pesetas.**
Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, **5 pesetas.**
Hampa y miseria, novela, por José Más, **5 pesetas.**
La España chica, por José Cuartero, **4 pesetas.**

EN PRENSA:

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.
La niñez de Ángel Perdido, novela, por Alfonso Vidal y Planas.
¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

LA NOVELA DE NOCHE



SUCES... DE RIVADENEYRA, S. A. - MADRID